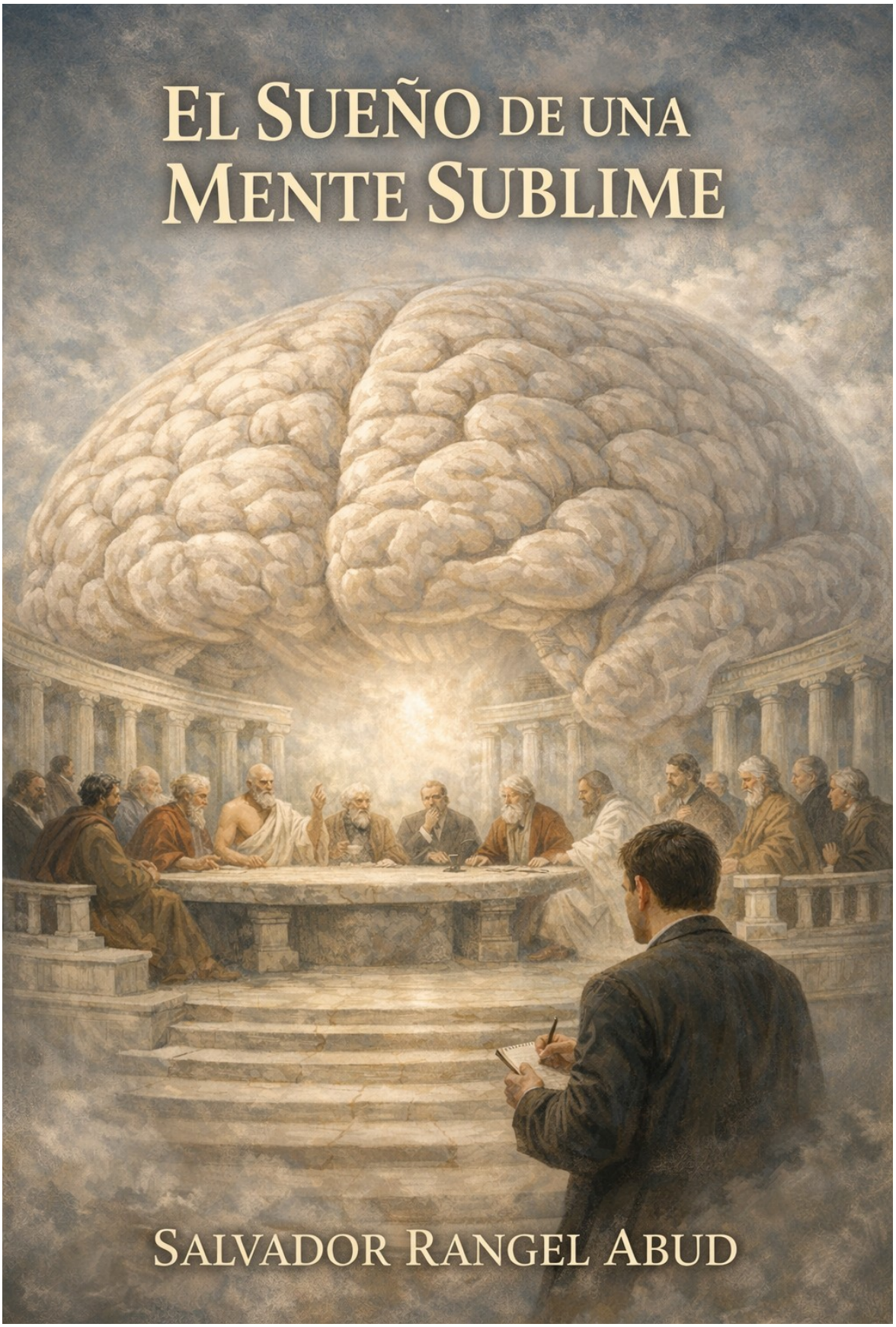
El Sueño de una Mente Sublime
Salvador Rangel Abud

EL SUEÑO DE UNA MENTE SUBLIME

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Bastián Iturriaga tiene treinta y cinco años, es psiquiatra en el Hospital General de México, y su cerebro funciona de una manera que los demás no terminan de comprender ni de dejar de admirar. Diagnosticado con síndrome de Asperger funcional e IQ medido en ciento noventa, lleva una vida de precisión monástica: el mismo desayuno cada día, las mismas rutas, los mismos silencios. Sus colegas lo respetan. Sus pacientes lo adoran sin entenderlo del todo. Y una noche de febrero, tras una guardia de treinta y seis horas en la que un paciente con daño frontal le plantea la pregunta más sencilla y más devastadora que ha escuchado en su vida —¿uno es bueno porque quiere, porque los demás lo esperan, o porque no le queda de otra?—, Bastián se queda dormido sobre sus libros y su mente construye lo que solo una mente como la suya puede construir: el Gran Anfiteatro de Ningún Lugar.

Ahí, separados por la misma distancia que separa sus épocas, se sientan Aristóteles de Estagira e Immanuel Kant de Königsberg. Frente a ellos, diecinueve figuras de la historia —Sócrates, Platón, Hume, Nietzsche, Darwin, Marie Curie, Maquiavelo, Simone de Beauvoir, Sor Juana Inés de la Cruz, Averroes, Bolívar, Turing, Mozart, Leonardo, Goethe, Dante, Spinoza, Hitler y Stalin— esperan para incomodar, preguntar, contradecir y testificar. Lo que sigue es el debate más largo, más riguroso y más encarnizado que Bastián haya presenciado jamás. Y él ha presenciado muchos, porque en su mundo interior todos los debates son simultáneos y eternos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene filosofía de alta densidad presentada en lenguaje accesible, dos filósofos que se contradicen con honestidad y se corrigen con dignidad, diecinueve figuras históricas que no están ahí para decorar sino para incomodar, y la presencia deliberada de Hitler y Stalin como la pregunta más incómoda que cualquier sistema ético debe responder: ¿qué ocurre cuando las ideas más poderosas de la historia son apropiadas por el horror? Contiene también un psiquiatra que no sabe que está soñando, un paciente que hace una pregunta sin saber que va a cambiar la noche de su médico, y un árbol en un patio interior que al final parece asentir.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El sueño de una mente sublime

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela filosófica didáctica / Ficción de ideas

Extensión: aproximadamente 22,000 palabras

Estructura: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

Ambientación: El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar / Hospital General de México / Ciudad de México

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una convicción que llevo años cultivando: que los grandes debates filosóficos de la humanidad no son patrimonio de los especialistas sino de cualquier persona que se haya preguntado alguna vez por qué hace lo que hace, si es libre de elegir o está determinado por fuerzas que no controla, si la belleza tiene reglas o escapa a todas, si Dios es demostrable o simplemente necesario, si el poder puede ser justo o siempre termina corrompiéndolo todo.

Aristóteles y Kant son los interlocutores más honestos que he encontrado para esas preguntas. Se contradicen en casi todo y tienen razón en casi todo, que es la condición de los grandes sistemas filosóficos: ser verdaderos e insuficientes al mismo tiempo. Bastián Iturriaga es el único tipo de mente que podía soñar este debate con la coherencia que merece: una mente que procesa el mundo como sistema y que al final descubre, en la cama de un paciente con daño frontal, que lo más importante no cabe en ningún sistema.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice

con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

filosofía · Aristóteles · Kant · ética · metafísica · epistemología · política · estética · Dios · novela de ideas · debate filosófico · síndrome de Asperger · psiquiatría · sueño · novela didáctica · novela en español · eudemonía · imperativo categórico · historia de la filosofía · grandes pensadores

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre filosofía sino sobre la pregunta que la filosofía intenta responder: cómo debe vivir un ser humano y por qué. A lo largo de sus diez capítulos y dos jornadas de debate, El sueño de una mente sublime explora el choque entre la ética de la felicidad aristotélica y el imperativo categórico kantiano, la pretensión de universalidad de los grandes sistemas morales y sus límites históricos, el uso político de la filosofía y su apropiación por el poder y el terror, la belleza como forma de conocimiento que ningún sistema puede contener del todo, los límites de la razón ante Dios y el alma, y la pregunta de un hombre con daño cerebral que resulta ser la más filosófica de todas: ¿uno es bueno porque quiere o porque no le queda de otra?

CITAS DESTACADAS

"La disputa no es sobre si el mundo existe. Ambos están de acuerdo en que existe. La disputa es sobre dónde reside el orden: si en el mundo o en la mente que lo contempla."

"Uno puede creer que es bueno porque quiere y estar haciendo el mal. Eso es lo más perturbador de todo lo que se dijo hoy. Y lo más verdadero."

"La pretensión de universalidad es siempre el primer paso, nunca el punto de partida."

"El límite no es el borde del conocimiento. Es el lugar donde el conocimiento se vuelve más honesto porque ya no puede fingir que lo contiene todo."

"No saber no es lo mismo que no entender. Entiendo mejor la pregunta que antes. Eso es suficiente."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en El sueño de una mente sublime un territorio narrativo cercano, con el rigor filosófico y el pulso narrativo que le son propios.

Platón (Diálogos): la forma del diálogo como método de aproximación a la verdad, con la diferencia de que aquí ninguno de los interlocutores tiene la última palabra.

Arturo Pérez-Reverte (El club Dumas, La tabla de Flandes): la narración ágil y precisa al servicio de ideas que se debaten con tensión dramática real.

Robert Pirsig (El zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta): la filosofía como experiencia vivida desde adentro, no como sistema explicado desde afuera.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Bastián concluye que el señor Ponce es bueno porque lo eligió, repetidamente, durante sesenta y dos años. ¿Es esa una respuesta aristotélica, kantiana, o ninguna de las dos?

Nietzsche corrige su posición al final del debate, reconociendo que los sistemas filosóficos pueden ser andamios antes que jaulas. ¿Cambia eso su crítica original o simplemente la matiza?

Hitler argumenta que encontró en Aristóteles y Kant lo que necesitaba para justificar sus acciones. ¿Tiene un sistema filosófico responsabilidad sobre los usos que otros hacen de él?

Sor Juana afirma que el límite del sistema es el lugar donde el conocimiento se vuelve más honesto. ¿Es esa una posición filosófica o una posición biográfica, y cambia algo si es las dos cosas?

El cuaderno de Bastián en el epílogo está en blanco. ¿Qué significa que haya soñado todo el debate sin que quede ninguna nota escrita?

¿Con cuál de los dos filósofos principales coincide usted más, y en qué capítulo sintió que el otro le daba la razón sin querer dársela?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). El sueño de una mente sublime. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. El sueño de una mente sublime. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. El sueño de una mente sublime. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento sesenta y cinco trabajos publicados. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la novela genealógica, la ficción contrafactual, la novela coral de debate ideológico, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica y —como demuestra esta entrega— la novela filosófica didáctica con vocación de gran público culto.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Aristóteles murió hace veinticuatro siglos. Kant murió hace más de doscientos años. Sus preguntas no han muerto. El ser humano que intenta saber cómo debe vivir, si sus elecciones son libres o están determinadas, si la belleza tiene reglas o las trasciende, si Dios es demostrable o simplemente necesario, si el poder puede ser justo o siempre termina corrompiendo todo, ese ser humano sigue siendo el mismo que se sentó a escuchar a Aristóteles en el Liceo y el que leyó a Kant en el siglo dieciocho con la sensación de que alguien había puesto por fin en palabras algo que siempre supo sin poder decirlo.

Bastián Iturriaga soñó este debate para responder la pregunta de un paciente. Lo que encontró fue que la pregunta era más grande de lo que pensaba. Y que eso, lejos de ser una derrota, era la mejor noticia posible.

ÍNDICE

Prólogo: El fin del turno
Capítulo 1: La cosa y su sombra
Capítulo 2: Los lentes que no podemos quitarnos
Capítulo 3: La felicidad y el deber
Capítulo 4: El hombre que usó sus libros
Capítulo 5: La mitad del mundo que no contaron
Capítulo 6: El animal político y el ciudadano racional

Capítulo 7: Lo bello, lo útil y lo sublime
Capítulo 8: Dios, el alma y los límites de la razón
Capítulo 9: El turno del anfiteatro
Capítulo 10: Lo que Bastián escribió en el margen
Epílogo: El paciente de la sala

PRÓLOGO

El fin del turno

Hospital General de México, sala de psiquiatría de agudos, febrero

A las ocho de la noche, el Hospital General de México empieza a oler a cloro y a derrota, y no es una metáfora: es una observación clínica. Bastián Iturriaga terminaba su jornada de ocho horas en pie y podía distinguir con precisión quirúrgica los dos componentes del olor, igual que distinguía, sin esfuerzo aparente y sin que nadie se lo hubiera enseñado, los síntomas que los demás médicos y residentes confundían entre sí. El cloro venía de los pisos que empezaban a asearse en el turno de la noche. La derrota venía de los pasillos.

Tenía treinta y cinco años, complexión delgada, cabello oscuro que nunca terminaba de estar peinado ni del todo despeinado, y la costumbre de caminar por los corredores del hospital sin mirar a nadie directamente, no por timidez —la timidez le parecía un lujo emocional que no podía permitirse— sino porque mirar directamente a las personas le consumía una energía que necesitaba para otras cosas.

Sus colegas habían aprendido a entenderlo porque conocían su condición clínica, que no era ningún secreto, y la respetaban y muchos

hasta la admiraban. Sus pacientes lo llamaban doctor Bastián, con una confianza que sus colegas envidiaban en silencio, porque ellos nunca habían conseguido generar esa confianza tan orgánica como alguien que apenas miraba a los ojos.

Lo que sus colegas no podían conocer cabalmente y que sus pacientes sí, era que Bastián los escuchaba de una manera en que nadie más los escuchaba. Con la totalidad de atención traducida en su sistema nervioso sin distracciones cuando los oía. Sin filtros sociales, sin la cortesía que distorsiona, sin el ruido de sus propias emociones interponiéndose entre la palabra del otro y su comprensión de esa palabra.

Cuando un paciente hablaba, Bastián recibía cada sílaba como dato clínico: el tono, la pausa, la elección del término, la emoción que el término intentaba ocultar. Era una forma de escucha que rozaba lo sobrenatural y que no tenía nada de sobrenatural: era, simplemente, lo que sucede cuando una mente de ciento noventa puntos de coeficiente intelectual, diagnosticada con síndrome de Asperger funcional, decide aplicarse entera a la tarea de entender por qué los seres humanos piensan lo que piensan.

Esa noche en ese espacio sin nombre que existe en la entrega de turno, cuando el hospital respira cansado también, Bastián estaba sentado frente a la cama del señor Aurelio Ponce, sesenta y dos años, daño frontal severo por accidente cerebrovascular isquémico, ingresado hacía cuatro días con una afasia que se estaba resolviendo lentamente, como una niebla que cede sin que uno pueda señalar el momento exacto en que cedió.

El señor Ponce había recuperado suficiente lenguaje para hacer preguntas. Lo cual era, desde la perspectiva neurológica, una buena noticia. Desde la perspectiva de Bastián, era algo más complicado, porque las preguntas del señor Ponce no eran del tipo que los protocolos clínicos anticipaban.

—Doctor —dijo el señor Ponce, con la lentitud de quien construye cada sílaba como si fuera la primera vez—, ¿usted cree que uno es bueno porque quiere, porque los demás esperan que uno lo sea o porque no nos queda de otra?

Bastián levantó la vista de la historia clínica. Miró al señor Ponce durante tres segundos completos, lo cual en su escala de atención equivalía a una eternidad.

—¿A qué se refiere exactamente? —dijo.

El señor Ponce tardó un momento. Tenía los ojos de alguien que ha estado muy cerca de no volver y que regresa con preguntas que antes no se hacía.

—Yo fui un hombre decente toda mi vida —dijo—. Nunca robé, nunca golpeé a mi mujer, nunca dejé de pagar lo que debía, nunca le hice daño a nadie. Pero ahora que estoy aquí, con la cabeza así, me pregunto si era decente porque lo decidía o porque los demás esperaban que lo fuera, o acaso mi cerebro simplemente funcionaba de cierta manera. Y si era esto último, entonces ¿de qué sirve la decencia?

Bastián cerró la historia clínica. La puso sobre la mesita de noche con la precisión de quien coloca una pieza en un tablero.

—Es una pregunta que se han hecho los mejores —dijo— y le aseguro que todavía no tienen respuesta cierta.

—¿Usted qué cree?

—Creo —dijo Bastián, después de una pausa que sus colegas habrían interpretado como frialdad y que era en realidad el tiempo que necesitaba para ser exacto— que la pregunta importa más que la respuesta. Por ahora mejor es que descanse.

Salió de la sala. Tomó su auto y se fue a su casa y cuando estuvo en su estudio un poco después de las diez de la noche, se sintió a gusto en ese cuarto pequeño con un escritorio, una silla, un estudio coach que casi no usaba y ochocientos libros distribuidos en estantes que había construido él mismo con una precisión que cualquiera podría considerar inquietante.

Se sentó. Abrió la *Ética Nicomáquea* en la página que tenía marcada con un clip metálico, leyó dos párrafos, escribió algo en el margen con tinta azul, cerró el libro, lo puso sobre la *Crítica de la razón pura*, que tenía el lomo más gastado a pesar de haber sido leída con menos simpatía, apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y cerró los ojos durante lo que calculó que serían diez minutos.

No volvió a abrirlos en las siguientes 8 horas.

O eso creyó.

Lo que Bastián no sabía —o lo que su cerebro sabía perfectamente pero su conciencia se negaba a procesar— es que cuando una mente como la suya cae dormida con una pregunta sin respuesta flotando en su corteza prefrontal, no descansa.

Construye.

Convoca.

Organiza el caos con la misma meticulosidad que organiza los estantes, y produce escenarios con la coherencia interna de un teorema y lo vívido de una alucinación clínica de primera categoría.

Más tarde, cuando intentara reconstruir el sueño para sí mismo —no para contárselo a nadie, porque no contaba sus sueños, ni sus pensamientos, ni casi nada que no fuera estrictamente necesario—, Bastián llegaría a la conclusión de que el Gran Anfiteatro de Ningún

Lugar era la respuesta más honesta que su mente podía darle al señor Ponce.

No una respuesta filosófica.

Una respuesta clínica: convocar a quienes más habían pensado en la pregunta, sentarlos frente a frente, y observar lo que pasaba.

Lo que pasó fue esto.

CAPÍTULO 1

La cosa y su sombra

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, primera jornada

Bastián supo que no estaba despierto porque la luz no proyectaba sombras.

Era el primer dato clínico que registró al abrir los ojos: una luminosidad pareja, sin fuente identificable, que bañaba cada superficie con la misma intensidad y no generaba el contraste que toda luz real produce. En el mundo despierto eso era imposible. En el mundo de Bastián dormido era, al parecer, la norma.

El segundo dato fue la arquitectura. Columnas dóricas de mármol blanco sostenían un techo que no terminaba de definirse hacia arriba, como si el espacio se negara a tener límite vertical. La planta era romana: elíptica, con gradas que descendían hacia un centro donde una mesa larga de mármol blanco esperaba con la paciencia de los objetos que nunca han tenido prisa. Dos sillas en los extremos. Diecinueve sillas en semicírculo frente a la mesa, dispuestas con una simetría que Bastián reconoció de inmediato como propia: él habría hecho exactamente eso.

El tercer dato fue que sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho, dónde debía sentarse.

Se dirigió a la silla que estaba frente al centro de la mesa, entre el semicírculo y los dos extremos, y se sentó. Sobre la silla había un cuaderno de pasta dura y un lápiz. El cuaderno estaba en blanco. El lápiz estaba afilado con una precisión que le pareció excesiva incluso para sus propios estándares. Abrió el cuaderno en la primera página y escribió la fecha. Luego se detuvo porque no sabía qué fecha era. Escribió simplemente: *Primera jornada. Tema: metafísica y epistemología.* Lo subrayó. Esperó.

No tuvo que esperar mucho.

Aristóteles de Estagira llegó desde la izquierda. Tenía unos sesenta años, complexión media, la frente amplia de quien ha pasado décadas mirando el mundo con atención sostenida y la expresión de alguien que está permanentemente a punto de hacer una observación. Llevaba un himation de lana oscura y cargaba bajo el brazo varios rollos de papiro que depositó sobre la mesa con el cuidado de quien sabe que sus ideas

han tardado siglos en ordenarse y no quiere que un descuido las desordene ahora. Se sentó en el extremo izquierdo. Miró el anfiteatro. Miró a Bastián. Asintió con la cabeza, como quien acepta las condiciones de un experimento razonable.

Bastián lo observó con la atención clínica que reservaba para los casos que le interesaban. Registró: postura erecta pero no rígida, gesticulación moderada y natural, los ojos de quien está acostumbrado a que la realidad le confirme lo que ya pensaba. Un hombre seguro de sus categorías. Peligrosamente seguro, anotó en el cuaderno, y luego tachó la palabra peligrosamente porque era un juicio prematuro.

Immanuel Kant de Königsberg llegó desde la derecha. Era más pequeño de lo que Bastián había imaginado: metro sesenta y pico, delgado hasta la fragilidad, con una peluca empolvada que en ese anfiteatro sin época resultaba simultáneamente anacrónica y perfectamente apropiada. Cargaba dos cuadernos de pasta negra que colocó sobre la mesa con una alineación que Bastián reconoció también como propia: paralelos entre sí, paralelos al borde de la mesa, separados por un espacio exactamente igual al grosor de cada uno. Se sentó en el extremo derecho. Sacó un reloj de bolsillo, lo consultó, lo guardó. No había nada que marcar en ese espacio sin tiempo, pero el gesto era tan constitutivo de su carácter que su propio sueño lo reproducía.

Bastián anotó: disciplina extrema, rigidez postural que no es arrogancia sino estructura, los ojos de quien desconfía del mundo sensible porque sabe que lo ha engañado antes. Un hombre que construyó una muralla alrededor del conocimiento para protegerlo. La pregunta es si la muralla protege o encierra.

Los diecinueve asistentes fueron ocupando sus lugares en silencio, cada uno con la naturalidad de quien llega a un sitio que reconoce. Bastián los registró de reojo sin dejar de mirar el centro: Platón con su barba y su porte de atleta envejecido, Hume con la cara redonda y la expresión satisfecha de quien ha hecho una travesura que tardaron siglos en descubrir, Averroes con sus ropas oscuras y los textos bajo el brazo, Darwin con el aspecto de quien preferiría estar en el campo observando pinzones. En la esquina más alejada, Hitler y Stalin ocuparon sus sillas sin mirarse. La temperatura del anfiteatro no cambió, pero algo en el aire se tensó levemente, como una cuerda que alguien aprieta sin llegar a romperla.

Bastián carraspeó.

—Vamos a comenzar —dijo, con la voz seca y sin ornamento que usaba en las sesiones clínicas—. Primera jornada. El campo de la realidad. La pregunta es esta: ¿tiene el mundo una estructura inteligible intrínseca, o es la mente quien la impone? Les pido que sean precisos. El tiempo aquí es ilimitado, pero mi paciencia con la imprecisión no lo es.

Aristóteles desplegó el primer rollo de papiro. No necesitó consultarlo. Lo miró un momento y lo dejó a un lado, como quien comprueba que recuerda bien lo que escribió.

—Empezaré por donde hay que empezar —dijo, con el griego que en el sueño de Bastián era directamente comprensible, como todos los idiomas lo eran—. Por la cosa misma. Frente a nosotros hay una mesa. Esa mesa existe. Existe con independencia de que yo la piense, de que usted la piense, de que alguien la piense. Tiene una forma, una materia, una función y una causa. Estas cuatro cosas no las pone mi mente en la mesa: las encuentro en ella. La inteligencia no crea el orden del mundo. Lo descubre.

Kant esperó con la paciencia de quien ha esperado durante siglos en una biblioteca y no tiene prisa.

—La mesa existe —concedió—. No lo niego. Lo que niego es que usted pueda conocer la mesa tal como es en sí misma. Lo que usted conoce es el fenómeno: la mesa tal como aparece ante su sensibilidad y su entendimiento. El espacio en que la percibe, el tiempo en que la percibe, las categorías con que la ordena: ninguna de esas cosas viene de la mesa. Vienen de usted. La pregunta no es si la mesa existe. La pregunta es qué conoce realmente cuando cree que la conoce.

Aristóteles lo miró con la expresión de quien acaba de escuchar algo que le parece a la vez ingenioso y fundamentalmente equivocado.

—Lo que propone usted —dijo— es que entre la mente y el mundo hay un abismo que la mente no puede cruzar. Que nunca tocamos la realidad, sino solo nuestra versión de ella. Pero entonces le pregunto: ¿cómo explica usted que la ciencia funcione? ¿Cómo explica que la medicina cure, que la ingeniería construya puentes que no se caen, que la astronomía prediga los eclipses? Si el mundo fuera simplemente lo que nuestra mente impone, ¿por qué esa imposición coincide tan obstinadamente con los resultados?

—Precisamente porque las estructuras que la mente impone son universales —respondió Kant, sin alterarse—. Todo ser racional percibe el mundo bajo las mismas formas de la intuición y las mismas categorías del entendimiento. Por eso la ciencia funciona: no porque toque la realidad en sí, sino porque todos los seres racionales la tocan de la misma manera. La objetividad científica no prueba que conocemos el mundo. Prueba que todos nos equivocamos de la misma manera.

Desde el semicírculo, David Hume soltó una carcajada breve que contuvo de inmediato, con la expresión de quien acaba de reírse en una iglesia y no le importa demasiado.

—Con el debido respeto —intervino, dirigiéndose a ambos—, ninguno de los dos ha explicado todavía de dónde vienen esas categorías universales que usted menciona, Herr Kant. Usted las pone en la mente como si fueran muebles que siempre estuvieron ahí. Pero ¿quién los

puso? ¿Y cómo sabe usted que están ahí, si para saberlo tendría que usar las mismas categorías cuya existencia pretende demostrar?

Kant giró levemente la cabeza hacia Hume.

—Tiene usted razón en que es un problema —dijo—, con una honestidad que Bastián anotó como infrecuente en los filósofos—. Usted mismo me despertó de mi comodidad racionalista, y se lo agradezco. Pero su escepticismo no resuelve el problema: lo disuelve. Y disolver un problema no es lo mismo que resolverlo.

Averroes, que había escuchado en silencio con los brazos cruzados y la expresión de quien lleva siglos siendo el intermediario entre dos mundos que no se entienden, levantó la mano con una cortesía que en ese anfiteatro resultaba casi anacrónica.

—Si me permiten —dijo—. Aristóteles: sus textos llegaron a Europa a través de mis comentarios. Durante siglos, el mundo árabe los preservó y los estudió mientras Europa los ignoraba. En ese tiempo, los médicos, los astrónomos y los matemáticos árabes aplicaron su método con resultados que usted mismo habría celebrado. La realidad tenía estructura inteligible en el Mediterráneo, en Bagdad y en Córdoba por igual. Lo cual me hace pensar que la estructura no es un producto de ninguna cultura particular sino de la realidad misma.

Aristóteles lo miró con algo que en otro hombre habría sido gratitud y en él era reconocimiento intelectual, que es la forma más alta de gratitud que un filósofo puede expresar.

—Eso es exactamente lo que sostengo —dijo.

—Y yo —continuó Averroes, girándose hacia Kant— le pregunto a usted: si las categorías del entendimiento son universales para todo ser racional, ¿por qué la filosofía islámica, la china y la india llegaron a conclusiones tan distintas sobre la naturaleza de la realidad? ¿Son menos racionales? ¿O sus categorías son diferentes? Y si son diferentes, ¿en qué queda la universalidad?

Kant abrió uno de sus cuadernos. Lo cerró sin escribir nada. Era la primera vez que Bastián lo veía dudar.

—Es una objeción legítima —dijo finalmente—. Que no tengo resuelta del todo.

Bastián anotó en su cuaderno, con tinta azul: *Kant admite un límite. Aristóteles no ha necesitado hacerlo todavía. Pero Averroes acaba de sembrar una semilla en ambos campos que ninguno de los dos puede ignorar.*

Platón, que había escuchado con la expresión de alguien que asiste a una discusión entre sus propios descendientes intelectuales y encuentra que ambos se han equivocado en cosas distintas, decidió intervenir.

—Aristóteles —dijo, con el tono de quien retoma una conversación interrumpida hace dos mil años—, usted abandonó mi teoría de las

formas porque le parecía que multiplicaba las entidades innecesariamente. Sostuvo que las formas no existen separadas de las cosas, sino en las cosas. Pero si la forma de la mesa está en la mesa, ¿qué ocurre cuando la mesa se destruye? ¿Desaparece la forma? ¿Y si desaparece, cómo explica que sigamos sabiendo qué es una mesa?

Aristóteles no necesitó pensarlo.

—La forma no desaparece: permanece en la mente como concepto adquirido a través de la experiencia de múltiples mesas. No necesito un mundo de formas eternas para explicar el conocimiento universal. Me basta con la abstracción que la mente realiza a partir de lo particular.

—Y ahí —dijo Kant, retomando el hilo con la precisión de quien ha esperado el momento exacto— es donde yo le pregunto: ¿cómo realiza esa abstracción? ¿Qué mecanismo permite que de mil mesas particulares, todas distintas, la mente extraiga el concepto universal de mesa? Usted lo llama abstracción, pero no explica su mecánica. Yo lo que hago es precisamente eso: explicar la mecánica. Las categorías del entendimiento son ese mecanismo. Puede no gustarle dónde las ubico, pero al menos las ubico.

El anfiteatro guardó silencio por un momento. Era el silencio de quienes acaban de escuchar algo que no pueden refutar de inmediato y necesitan tiempo para encontrar por dónde.

Bastián aprovechó para escribir una última nota antes de que el debate continuara: *La disputa no es sobre si el mundo existe. Ambos están de acuerdo en que existe. La disputa es sobre dónde reside el orden: si en el mundo o en la mente que lo contempla. Aristóteles dice que el orden está afuera y la mente lo encuentra. Kant dice que el orden está adentro y la mente lo proyecta. El señor Ponce, en su cama del Hospital General, haría bien la pregunta de cuál de los dos tiene razón. Porque de la respuesta depende si su decencia era suya o era del mundo que lo formó.*

Cerró el cuaderno sobre el lápiz. Miró a los dos filósofos en los extremos de la mesa de mármol blanco.

La primera jornada apenas comenzaba.

CAPÍTULO 2

Los lentes que no podemos quitarnos

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, primera jornada, segunda sesión

Bastián había dormido, dentro del sueño, algo que no era exactamente sueño pero que cumplía la misma función restauradora. Cuando regresó al anfiteatro la luz seguía siendo la misma: sin fuente, sin sombra, sin la declinación que en el mundo real hubiera indicado el paso de las horas. El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar no tenía horas. Tenía sesiones.

Abrió el cuaderno. Leyó la última nota de la jornada anterior. La subrayó con tinta azul porque le parecía verdadera: la disputa no era sobre si el mundo existe sino sobre dónde reside el orden. Luego escribió el encabezado de la sesión con la letra pequeña y apretada que usaba cuando pensaba que nadie iba a leer lo que escribía, que era siempre: *Segunda sesión. Epistemología. ¿De dónde vienen las categorías del entendimiento? Aristóteles dice que del mundo. Kant dice que de la mente. Darwin está por llegar y ninguno de los dos sabe lo que eso significa para sus argumentos.*

Darwin llegó puntual, con el aspecto de quien ha pasado la vida en barcos y en campos y se siente levemente incómodo en espacios cerrados, aunque ese espacio cerrado no tuviera techo definido. Se sentó junto a Marie Curie, que ya estaba en su lugar con un cuaderno propio y una expresión de concentración que Bastián reconoció como la de alguien que no asiste a escuchar sino a evaluar. Alan Turing ocupó la silla del extremo del semicírculo con la incomodidad característica de quien está acostumbrado a que los espacios sociales no estén diseñados para él, lo cual le generó a Bastián una simpatía inmediata y silenciosa.

Aristóteles desplegó un nuevo rollo. Kant alineó el segundo cuaderno junto al primero con la misma precisión de la vez anterior. El debate retomó exactamente donde lo había dejado, como si los dos filósofos hubieran pasado el intervalo pensando en el mismo punto y hubieran llegado, por caminos opuestos, al mismo lugar de partida.

—Usted me preguntó ayer por la mecánica de la abstracción —dijo Aristóteles, dirigiéndose a Kant con la cortesía seca de quien no ha olvidado una deuda intelectual—. Le respondo: la abstracción funciona porque existe una correspondencia real entre la estructura del mundo y la estructura de la mente que lo contempla. No es que la mente imponga un orden arbitrario: es que el orden del mundo y el orden de la mente son isomorfos. La mente puede conocer el mundo porque ambos participan del mismo logos.

—Isomorfos —repitió Kant, como quien sopesa el peso exacto de una palabra—. Es una afirmación elegante. Pero es una afirmación metafísica, no una demostración. Usted postula que hay una correspondencia entre mente y mundo, pero no puede demostrarla sin salir de la mente para verificarla. Y salir de la mente es precisamente lo que sostengo que es imposible.

—Entonces usted está atrapado —dijo Aristóteles, sin animosidad, con la calma de quien señala un hecho evidente—. Si no podemos salir de la mente para verificar nada, ¿cómo verificó usted que no podemos salir de la mente? ¿Esa afirmación viene de la experiencia o viene de la razón pura? Si viene de la razón pura, es circular. Si viene de la experiencia, usted mismo está admitiendo que la experiencia nos enseña algo sobre el mundo real.

Bastián anotó: *Aristóteles acaba de señalar una circularidad en el argumento kantiano. Kant necesitará tiempo para responder esto. Observar si lo hace o si cambia el terreno.*

Kant no cambió el terreno.

—La afirmación no viene de la experiencia ni de la razón pura en el sentido que usted insinúa —dijo—. Viene del análisis de las condiciones de posibilidad del conocimiento. Yo no digo que no podemos conocer nada: digo que lo que conocemos tiene condiciones. Y esas condiciones no son arbitrarias ni circulares: son necesarias. Sin espacio, sin tiempo, sin las categorías del entendimiento, no hay experiencia posible. Eso no es una trampa: es la descripción honesta de lo que somos.

Charles Darwin, que había escuchado con la atención de quien está catalogando una especie nueva, decidió que era el momento.

—Si me permiten —dijo, con la voz tranquila de quien está acostumbrado a que sus observaciones generen incomodidad y ha aprendido a presentarlas sin dramatismo—. Llevo escuchándolos desde ayer con creciente perplejidad, porque ninguno de los dos ha considerado una posibilidad que me parece fundamental. Usted, Aristóteles, dice que la mente y el mundo son isomorfos. Usted, Kant, dice que las categorías del entendimiento son universales y necesarias. Pero ¿han considerado ambos por qué la mente tiene la estructura que tiene?

Los dos filósofos lo miraron. Darwin continuó.

—La mente humana es el resultado de un proceso de selección natural que duró millones de años. Las categorías con que percibimos el mundo, el espacio, el tiempo, la causalidad, no son ni un regalo del cosmos ni una estructura a priori inmutable. Son herramientas que sobrevivieron porque resultaron útiles para la supervivencia en un entorno particular. Lo que usted llama isomorfismo, Aristóteles, podría ser simplemente el resultado de que los organismos que no percibían bien su entorno no sobrevivieron para tener esta conversación. Y lo que usted llama universalidad necesaria, Kant, podría ser simplemente universalidad contingente: todos los seres humanos compartimos estas categorías porque descendemos de los mismos ancestros que las desarrollaron.

El silencio que siguió fue de la variedad que Bastián clasificaba internamente como silencio de impacto: el que se produce cuando un argumento aterriza en un lugar que nadie había señalado y todos reconocen de inmediato como importante.

Kant fue el primero en responder, y Bastián advirtió que lo hacía con una cautela que no había mostrado el día anterior.

—Su observación es históricamente imposible para mí —dijo—, porque escribí la Crítica setenta años antes de que usted publicara su obra. Pero la tomo en serio como objeción filosófica. Y le respondo: aunque las

categorías tuvieran un origen evolutivo, eso no invalida su carácter necesario para nosotros. Que una herramienta haya surgido por contingencia histórica no impide que sea universalmente indispensable para quienes la usan. El origen no determina la validez.

—Coincido en eso —dijo Aristóteles, y la coincidencia parcial con Kant pareció sorprenderlo levemente a él mismo—. Pero añado algo que su argumento evolutivo confirma, señor Darwin: si las categorías mentales surgieron porque resultaron útiles para conocer el mundo real, eso significa que el mundo real tiene una estructura que puede ser conocida. De lo contrario, ¿qué habría favorecido la selección? Una mente que se adapta a su entorno es una mente que aprende algo verdadero sobre ese entorno. Su teoría, lejos de destruir mi posición, la refuerza.

Darwin frunció el ceño levemente.

—No exactamente —dijo—. Una mente que se adapta a su entorno aprende lo suficiente para sobrevivir en ese entorno. Eso no es lo mismo que aprender la verdad completa sobre él. Una lagartija sobrevive perfectamente con una percepción del mundo que ninguno de ustedes consideraría filosóficamente adecuada.

Marie Curie levantó la vista de su cuaderno.

—Creo que la distinción relevante —dijo, con la precisión de quien está acostumbrada a que sus palabras sean ignoradas en primera instancia y correctas en segunda— es entre conocimiento suficiente y conocimiento verdadero. La ciencia no pretende conocer la cosa en sí, Kant, le doy esa batalla. Pero tampoco se conforma con la mera utilidad adaptativa, Darwin. La ciencia construye modelos que se aproximan a la realidad con una precisión creciente. No llegamos nunca al fondo, pero nos acercamos. Y ese acercamiento no es arbitrario.

Bastián anotó con tinta azul: *Curie acaba de proponer un tercer camino entre Aristóteles y Kant que ninguno de los dos puede ignorar sin deshonestidad intelectual. El conocimiento científico no es ni la esencia aristotélica ni el fenómeno kantiano: es una aproximación asintótica a algo que existe pero que nunca tocamos del todo. Es la posición más honesta de la sala y ninguno de los dos protagonistas la adoptará porque implicaría ceder demasiado.*

Alan Turing, que había permanecido en silencio con la expresión de quien está resolviendo un problema en paralelo a la conversación, habló por primera vez con la voz de quien no está seguro de que lo que va a decir sea bienvenido pero lo dice de todas formas.

—Hay una pregunta que su debate sobre las categorías del entendimiento no ha considerado —dijo—. Si las categorías son estructuras universales de toda mente racional, como usted sostiene, Kant, entonces una máquina que procese información con las mismas estructuras debería conocer el mundo de la misma manera que un ser

humano. ¿Es eso un problema para su sistema o una consecuencia que acepta?

Kant lo miró con la expresión de quien acaba de ver algo que no estaba en ninguno de sus cuadernos.

—En mi tiempo —dijo, con una lentitud que no era evasión sino genuina perplejidad— esa pregunta no podía hacerse.

—Lo sé —dijo Turing—. Por eso la formulo yo.

Aristóteles intervino antes de que Kant pudiera continuar.

—La pregunta asume que el conocimiento es un proceso de cómputo —dijo—. Y esa asunción merece discutirse. Para mí, conocer no es solo procesar información: es una actividad del alma que implica una relación real con el objeto conocido. Una máquina que procese los mismos datos no conoce: calcula. Son cosas distintas.

—¿Está seguro? —preguntó Turing, con una tranquilidad que era más desafiante que cualquier énfasis.

—No completamente —admitió Aristóteles, y Bastián subrayó la frase dos veces.

Bastián cerró el cuaderno cuando el debate comenzó a ramificarse hacia territorios que pertenecían a jornadas siguientes. Era una de sus habilidades más útiles como moderador: saber cuándo una conversación ha dado todo lo que puede dar en una sesión y necesita tiempo para sedimentar antes de continuar.

—Pausamos aquí —dijo, con la misma voz seca con que habría cerrado una sesión clínica—. Lo discutido hoy tiene consecuencias para todo lo que viene. Les pido que las consideren.

Nadie preguntó cuándo era la próxima sesión. En el Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, las sesiones comenzaban cuando comenzaban.

Bastián abrió el cuaderno una última vez y escribió, antes de que el anfiteatro se disolviera en la luminosidad sin sombras: *El señor Ponce tenía razón en que la pregunta importa más que la respuesta. Pero esta mañana, dentro de este sueño que no termina de serlo, empiezo a sospechar que la pregunta verdadera no es si uno es bueno porque quiere o porque no le queda de otra. La pregunta verdadera es si el aparato con que decidimos lo que queremos es nuestro o nos fue dado. Y esa pregunta, Aristóteles y Kant la responden de maneras distintas, Darwin la complica, Curie la relativiza y Turing la vuelve irreconocible.*

Mañana: la ética. Ahí es donde esto se pone verdaderamente difícil.

CAPÍTULO 3

La felicidad y el deber

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, segunda jornada

Bastián llegó al anfiteatro con la certeza de que esta sesión iba a ser distinta. No era una intuición: era una inferencia clínica basada en la naturaleza del tema. La metafísica y la epistemología son campos donde los filósofos discuten con la serenidad de quien debate sobre territorios que no habita. La ética es diferente. La ética es el territorio donde todos viven, lo sepan o no, y donde las derrotas argumentales duelen de una manera que las derrotas epistemológicas no alcanzan a doler.

Escribió en el cuaderno: *Segunda jornada. Ética. La pregunta del señor Ponce en su forma más directa. Anticipar tensión elevada. Nietzsche ya está sentado y lleva el gesto de quien ha esperado demasiado tiempo para decir lo que piensa.*

Nietzsche, en efecto, ocupaba su silla con la postura de un resorte comprimido. Tenía el bigote característico y los ojos de quien ha visto algo que los demás no pueden ver y no ha decidido todavía si eso es una ventaja o una condena. Junto a él, Darwin miraba al frente con la expresión de quien preferiría que lo llamaran cuando hubiera algo concreto que observar. Simone de Beauvoir había llegado temprano y revisaba sus notas con una concentración que Bastián reconoció como la de alguien que no viene a escuchar sino a intervenir en el momento exacto.

Aristóteles desplegó sus rollos con la calma de siempre. Kant alineó sus cuadernos con la precisión de siempre. El anfiteatro esperó.

—Segunda jornada —dijo Bastián—. El campo de la conducta. La pregunta es esta: ¿cómo debemos vivir y por qué? Les recuerdo que el público puede intervenir cuando lo considere pertinente, pero con argumentos, no con declaraciones. Empecemos.

Aristóteles habló primero, como si el orden natural de las cosas así lo dispusiera.

—Toda acción humana tiende hacia algún bien —dijo—. Eso no es una opinión: es una observación. Nadie hace nada sin una razón, y toda razón apunta hacia algo que quien actúa considera deseable. La pregunta filosófica no es si buscamos el bien, sino cuál es el bien supremo: aquel que no es medio para ningún otro fin sino fin en sí mismo. Y ese bien es la felicidad. La eudemonía. No el placer momentáneo, no la satisfacción del instinto: el florecimiento pleno del ser humano en el ejercicio de sus capacidades más propias, guiado por la virtud.

—Defina virtud —dijo Kant, con la brevedad de quien no necesita elaborar la pregunta porque la pregunta ya contiene el problema.

—La virtud es el hábito de actuar según la razón en las circunstancias particulares de cada situación —respondió Aristóteles—. No es una regla abstracta: es una disposición cultivada a lo largo del tiempo que permite al ser humano encontrar el término medio entre el exceso y el defecto.

El valiente no es el temerario ni el cobarde: es quien sabe exactamente cuánto coraje requiere cada momento.

—Y ahí —dijo Kant— está el problema fundamental de su sistema. Usted funda la moral en la felicidad y la virtud como medios para alcanzarla. Pero la felicidad es contingente. Depende de las circunstancias, de la salud, de la fortuna, de la época en que se nace. Un esclavo en Atenas, por mucho que cultive la virtud, no puede alcanzar la eudemonía que usted describe porque las condiciones materiales de su existencia se lo impiden. ¿Es entonces menos moral que su amo? ¿O simplemente menos afortunado?

Aristóteles no respondió de inmediato. Era la primera vez en dos jornadas que una pregunta lo detenía más de un instante.

—Es una objeción que no ignoro —dijo finalmente—. Mi sistema tiene límites históricos que no puedo negar. Pero le devuelvo la pregunta: ¿resuelve su imperativo categórico el problema del esclavo? ¿De qué le sirve a un hombre encadenado saber que existe una ley moral universal que prohíbe tratarlo como medio? La universalidad abstracta no rompe cadenas.

—No las rompe materialmente —concedió Kant—. Pero las condena moralmente con una claridad que su sistema no puede alcanzar. En mi sistema, esclavizar a un ser humano es incondicionalmente malo porque viola la ley moral universal sin excepción posible. En el suyo, la esclavitud puede justificarse por las circunstancias particulares de una sociedad, por su noción de naturaleza, por la conveniencia del orden político. Y de hecho así lo hizo usted.

El silencio que siguió fue incómodo de una manera específica: la incomodidad de quien acaba de recibir un argumento que es históricamente verdadero y filosóficamente relevante al mismo tiempo.

Sócrates, que había permanecido inmóvil con los brazos cruzados y los ojos entornados como quien duerme pero no duerme, habló por primera vez en esta jornada.

—Aristóteles —dijo, con la voz tranquila de quien lleva siglos haciendo la misma pregunta de maneras distintas—, ¿puede existir virtud sin conocimiento?

—No —dijo Aristóteles, sin dudar.

—¿Y puede existir conocimiento sin la posibilidad de elegir?

—Tampoco.

—Entonces el esclavo, al que se le niega sistemáticamente tanto el conocimiento como la elección, ¿puede ser virtuoso según su propio sistema?

Aristóteles abrió la boca y la cerró. Era un gesto que Bastián anotó con atención porque era clínicamente significativo: el momento en que una mente poderosa encuentra el límite de su propio andamiaje.

—La pregunta es justa —dijo finalmente—. Y la respuesta honesta es que mi sistema, tal como lo desarrollé, no resolvió ese problema. Lo que sostengo es que el principio es válido aunque su aplicación histórica haya sido deficiente.

—Lo mismo digo yo —intervino Kant, con una sequedad que en él equivalía al humor.

Nietzsche no pudo contenerse más.

—Permítanme —dijo, poniéndose de pie con una energía que contrastaba con la quietud general del anfiteatro—, porque llevo dos jornadas escuchando este debate y necesito decir algo que ninguno de los dos tiene el valor de decir. Los dos están construyendo sistemas morales sobre la misma mentira fundamental: que existe algo llamado moral que trasciende al individuo y al que el individuo debe someterse. Usted, Aristóteles, lo llama eudemonía y virtud. Usted, Kant, lo llama imperativo categórico y deber. Pero en ambos casos el resultado es el mismo: un conjunto de reglas que domestica al ser humano, que le dice lo que debe sentir, lo que debe querer, lo que debe ser. La moral no es el florecimiento del ser humano. Es su jaula más elegante.

Bastián anotó: *Nietzsche ha dicho exactamente lo que iba a decir. La pregunta es si alguien en esta sala puede responderle con algo que no sea una reafirmación del sistema que él acaba de atacar.*

Kant respondió con una calma que Bastián clasificó como la calma de quien ha considerado esta objeción y tiene una respuesta preparada.

—Su crítica asume que toda norma es una imposición externa —dijo—. Pero el imperativo categórico no es una imposición externa: es la voz de la razón que el propio ser humano se da a sí mismo. No me someto a una ley que viene de afuera: me someto a la ley que mi propia razón reconoce como necesaria. Eso no es una jaula. Es la forma más alta de libertad: la autonomía.

—Autonomía —repitió Nietzsche, con un tono que convertía la palabra en su propia refutación—. Usted llama autonomía a obedecer a la razón. Pero ¿quién decidió que la razón manda? ¿Quién decidió que el deber es superior al deseo, que lo universal es superior a lo particular, que la ley es superior a la vida? Usted, Kant. Un hombre de Königsberg del siglo dieciocho que nunca salió de su ciudad y construyó un sistema moral para toda la humanidad desde su escritorio. Eso no es autonomía. Es provincianismo disfrazado de universalidad.

Kant no respondió de inmediato. Bastián observó que algo en su postura se había tensado levemente, lo cual en un hombre de su disciplina equivalía a una reacción emocional considerable.

Aristóteles intervino antes de que Kant encontrara las palabras.

—Comparto algunas de sus críticas a Kant —dijo, dirigiéndose a Nietzsche con una cortesía que era también una distancia—. Pero las

suyas me parecen igualmente problemáticas. Usted propone que el ser humano se libere de toda moral para realizar su voluntad de poder. Pero ¿qué impide que esa voluntad de poder aplaste a los más débiles? ¿Qué principio regula la relación entre los que pueden y los que no pueden? Si la moral es una jaula, ¿qué es lo que usted propone en su lugar?

—La creación de valores propios —dijo Nietzsche—. El superhombre no aplasta a los débiles porque le divierta: los supera porque esa es su naturaleza. No necesita una ley que le prohíba el mal: no tiene tiempo para el mal porque está ocupado creando.

—Es una respuesta hermosa —dijo Aristóteles—. Y completamente inútil como sistema ético para los millones de seres humanos que no son superhombres y necesitan convivir.

Simone de Beauvoir había esperado con la paciencia de quien sabe que su momento llegará y que llegará más cargado si espera.

—Quiero señalar algo —dijo, con una voz que no era suave ni dura sino exacta— que ninguno de los tres ha considerado en todo este debate. Están discutiendo sobre la felicidad, el deber, la virtud y la voluntad de poder como si el sujeto de la moral fuera universal. Pero el sujeto que tienen en mente los tres es el mismo: un varón adulto, libre, propietario de sí mismo y de su tiempo. Aristóteles, usted excluyó explícitamente a las mujeres y a los esclavos de su concepto de eudemonía. Kant, usted formuló un imperativo que en teoría es universal pero que en la práctica nunca aplicó a quienes no compartían su condición. Y usted, Nietzsche, su superhombre es tan evidentemente masculino que ni siquiera necesita aclararlo. La pregunta que ninguno de los tres se ha hecho es esta: ¿qué cambia en un sistema ético cuando el sujeto no es el que ustedes asumieron?

El anfiteatro guardó un silencio que Bastián clasificó como el más productivo de las dos jornadas: el silencio de quienes acaban de darse cuenta de que el mapa que tenían no cubre el territorio completo.

—Es una objeción que no puedo refutar desde dentro de mi propio sistema —dijo Aristóteles, con una honestidad que Bastián subrayó dos veces—. Puedo decirle que los principios son extensibles aunque yo no los extendiera. Pero eso es una corrección del sistema, no una defensa.

—Es exactamente lo que yo esperaba que dijera —respondió De Beauvoir—. Y es más honesto que lo que suelen responder quienes defienden su obra.

Kant asintió levemente.

—El imperativo categórico es por definición universal —dijo—. Si alguna vez se aplicó de manera selectiva, fue una traición al principio, no una consecuencia de él. En eso le doy la razón.

—Se la agradezco —dijo De Beauvoir—. Aunque me habría gustado que lo dijera en 1785.

Bastián cerró el cuaderno cuando advirtió que el debate comenzaba a necesitar tiempo para sedimentar. Antes de cerrarlo escribió la última nota de la jornada con tinta azul, porque le parecía verdadera: *El señor Ponce preguntó si uno es bueno porque quiere, porque los demás lo esperan o porque no le queda de otra. Aristóteles respondería: porque quiere su propio florecimiento y ha aprendido que la virtud es el camino.*

Kant respondería: porque la razón se lo impone con independencia de lo que quiera. Nietzsche respondería que la pregunta misma es una trampa. De Beauvoir respondería que antes de responder habría que saber de quién estamos hablando cuando decimos uno.

Las cuatro respuestas son insuficientes por separado. Juntas empiezan a parecerse a algo verdadero.

Mañana: el capítulo más difícil. Hitler y Stalin están en el anfiteatro y tienen preguntas que ningún sistema ético puede ignorar sin deshonestidad.

CAPÍTULO 4

El hombre que usó sus libros

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, segunda jornada, segunda sesión

Bastián llegó al anfiteatro con una sensación que en él era infrecuente y que tardó tres pasos en identificar: aprensión. No miedo, que era una emoción que procesaba mal y casi nunca reconocía en tiempo real. Aprensión: la anticipación clínica de que algo en la sesión iba a resultar difícil de manejar. Lo anotó en el cuaderno antes de sentarse, porque anotar las propias reacciones era parte del protocolo que se había impuesto a sí mismo desde la residencia y que nunca había abandonado.

Cuarta sesión. Ética II. Las consecuencias del uso político de la filosofía moral. Hitler y Stalin están en el anfiteatro. Tener presente que ambos son inteligentes, que ambos leyeron filosofía y que ambos encontraron en ella lo que querían encontrar. Eso no es un accidente: es el problema central de esta sesión.

Los dos filósofos principales ocupaban sus lugares con la misma compostura de siempre. Pero algo en la disposición del anfiteatro había cambiado: las sillas del semicírculo parecían más distantes entre sí, como si el espacio mismo hubiera decidido que ciertos cuerpos no debían estar demasiado cerca. Hitler estaba en el extremo derecho del semicírculo, con la postura correcta de quien ha aprendido que la compostura es una forma de autoridad. Stalin estaba en el extremo izquierdo, con la quietud de quien no necesita moverse para hacer sentir su presencia. Entre ellos, el resto del público ocupaba el espacio intermedio con una incomodidad que nadie verbalizaba y todos sentían.

Maquiavelo estaba sentado en el centro del semicírculo con la expresión de quien asiste a una demostración que lleva siglos esperando ver confirmada.

Bastián carraspeó.

—Esta sesión tiene un tema que las anteriores no tuvieron —dijo, con la voz seca de siempre, mirando al frente sin dirigirse a nadie en particular —. No vamos a discutir únicamente los sistemas filosóficos de Aristóteles y Kant. Vamos a discutir lo que ocurre cuando esos sistemas son apropiados, interpretados o deformados para justificar el poder político. Hay en este anfiteatro dos personas cuya presencia hace esa pregunta ineludible. Les pido que participen cuando lo consideren pertinente, con la misma condición que al resto: con argumentos.

Hitler asintió con una cortesía que era más perturbadora que cualquier gesto de hostilidad.

Stalin no hizo nada. Lo cual, en su caso, era equivalente.

Aristóteles fue el primero en hablar, y Bastián advirtió que lo hacía con una tensión nueva en la voz, apenas perceptible pero clínicamente significativa.

—Voy a decir algo antes de que comience el debate —dijo—. Soy consciente de que ciertas lecturas de mi obra han sido utilizadas para justificar jerarquías naturales entre seres humanos, la superioridad de unas razas sobre otras, la legitimidad de la conquista y el exterminio. Quiero dejar establecido que esas lecturas son perversiones de mi pensamiento, no consecuencias de él.

—¿Lo son? —preguntó Hitler, con una amabilidad que heló el anfiteatro —. Usted escribió que algunos seres humanos son esclavos por naturaleza. Que la jerarquía entre quienes mandan y quienes obedecen es un orden natural. Que la polis tiene derecho a excluir a quienes no contribuyen a su perfección. Yo no inventé esas ideas, Aristóteles. Las encontré en usted.

El silencio que siguió fue de la variedad que Bastián encontraba más difícil de manejar clínicamente: el silencio de una verdad parcial que se presenta como verdad completa.

—Lo que usted encontró —dijo Aristóteles, con una contención que le costaba visiblemente— es una selección de mi obra que ignora su contexto, su propósito y sus límites. La esclavitud natural que describo es una categoría filosófica que pretende explicar una realidad de mi tiempo, no una prescripción para el futuro ni una justificación para el exterminio. Entre describir una jerarquía y ordenar un genocidio hay una distancia que usted cruzó con una frivolidad que ningún texto mío autoriza.

—Los textos autorizan lo que el lector necesita que autoricen —dijo Hitler, con la tranquilidad de quien ha pensado mucho en esto—. Eso no

es una crítica a usted. Es una observación sobre la naturaleza de los textos.

—Es una observación que me resulta familiar —intervino Maquiavelo, desde el centro del semicírculo, con la voz de quien lleva siglos siendo malinterpretado y ha encontrado en eso una ironía que ya no le molesta —. También a mí me leyeron de esa manera. También a mí me convirtieron en la justificación de lo que ya habían decidido hacer. La diferencia es que yo describí el poder tal como funciona, sin pretender que debía funcionar así. Aristóteles y Kant tienen el problema adicional de haber pretendido que sus sistemas eran morales.

Kant, que había escuchado sin interrumpir, habló con una precisión que Bastián reconoció como la de quien necesita deslindar su posición antes de que la conversación lo arrastre.

—Mi caso es distinto al de Aristóteles en un punto fundamental —dijo—. El imperativo categórico no puede ser usado para justificar el exterminio sin contradicción lógica inmediata. Si la máxima que guía la acción es exterminar a un grupo humano, basta preguntarse si esa máxima puede convertirse en ley universal sin destruir la humanidad entera. La respuesta es no. Mi sistema contiene su propia refutación de lo que usted hizo.

Stalin habló por primera vez, con la voz pausada de quien no tiene prisa porque tiene todo el tiempo del mundo y lo sabe.

—Herr Kant —dijo—, su imperativo categórico fue usado por los filósofos que informaron mi formación ideológica para justificar exactamente lo que yo hice. La Historia, con mayúscula, como imperativo racional que trasciende al individuo y al que el individuo debe someterse. La clase obrera como sujeto universal cuya emancipación es el deber categórico de la humanidad. Sus palabras, su estructura, su lógica. Convertidas en otra cosa, sí. Pero no sin su ayuda.

Kant lo miró durante un momento que Bastián contabilizó en cuatro segundos, que en la escala de Kant equivalía a lo que en Bastián equivalían tres.

—Lo que usted describe —dijo finalmente— no es una aplicación de mi filosofía. Es su destrucción sistemática. El imperativo categórico exige tratar a cada ser humano como fin en sí mismo, nunca como medio. Convertir a millones de seres humanos en instrumentos de una Historia abstracta es precisamente lo que mi sistema prohíbe con más claridad.

—Y sin embargo ocurrió —dijo Stalin—. Lo cual sugiere que su sistema tiene un defecto de diseño: es demasiado abstracto para resistir la interpretación de quien tiene el poder de interpretar.

Simón Bolívar, que había escuchado con la expresión de quien reconoce el problema desde adentro, intervino con una voz que tenía la fatiga de quien ha intentado lo imposible y sabe exactamente en qué punto falló.

—Lo que ambos están describiendo —dijo, dirigiéndose a Hitler y Stalin con una frialdad que no era hostilidad sino distancia clínica— es el problema de todo sistema filosófico cuando toca el poder: que el poder no adopta la filosofía, la domestica. Yo intenté construir repúblicas sobre principios ilustrados en territorios donde las condiciones materiales, históricas y humanas no correspondían a los supuestos del sistema. No porque los principios fueran falsos, sino porque ningún principio filosófico sobrevive intacto el contacto con la realidad sin que alguien lo interprete, y quien interpreta siempre tiene intereses.

—Eso es exactamente lo que yo sostengo —dijo Maquiavelo, con una satisfacción que no intentó disimular—. El poder tiene sus propias leyes, que no son las de la filosofía moral. Reconocerlo no es cinismo: es honestidad.

—Es cinismo —dijo Aristóteles, con una firmeza que recuperó algo de la seguridad de las jornadas anteriores—. Porque concluir que el poder siempre corrompe los principios es una forma de absolver a quienes lo corrompen. Los principios no fallan: fallan los hombres que los aplican. Y la solución no es abandonar los principios sino formar mejores hombres.

—Formar mejores hombres —repitió Hitler, con una suavidad que convirtió la frase en algo irreconocible—. Eso es precisamente lo que yo creí estar haciendo.

El anfiteatro guardó un silencio que Bastián no intentó interrumpir durante varios segundos. Era el silencio más pesado de las dos jornadas: el de una frase que ha sido usada para el bien y para el horror con la misma convicción y que ya no puede pronunciarse con inocencia.

Sor Juana Inés de la Cruz, que había permanecido en silencio con la atención total de quien está acostumbrada a que la ignoren y ha aprendido a usar ese olvido como ventaja, habló con una voz que no era suave ni dura sino exacta, igual que De Beauvoir el día anterior pero con una densidad diferente: la de quien habla desde un lugar donde los sistemas filosóficos llegaron siempre como instrumentos de otros.

—Escucho este debate y pienso en lo siguiente —dijo—. Todos los sistemas filosóficos que se han discutido en estas jornadas llegaron a mis tierras, a mi tiempo y a mi condición en la forma de justificaciones. La razón aristotélica justificó la conquista. El orden natural justificó la jerarquía colonial. La universalidad kantiana justificó la evangelización forzada. No porque Aristóteles o Kant lo hubieran ordenado, sino porque la filosofía, cuando viaja en los barcos del poder, llega transformada en lo que el poder necesita. La pregunta que ninguno de ustedes ha respondido es esta: ¿tiene un sistema filosófico alguna responsabilidad sobre los usos que otros hacen de él?

El anfiteatro esperó.

Aristóteles respondió primero.

—El autor no puede controlar al lector —dijo—. Pero sí puede construir sistemas que sean más difíciles de pervertir. El mío tiene puntos débiles que he reconocido en estas jornadas. Los reconozco de nuevo.

Kant respondió después.

—El imperativo categórico es, en teoría, el sistema más resistente a la perversión que se haya construido, porque contiene su propia prueba de universalidad. Que haya sido pervertido de todas formas no es un defecto del principio sino de la condición humana, que tiende a usar la razón al servicio de lo que ya quiere.

—Eso —dijo Sor Juana— es una respuesta filosóficamente correcta y humanamente insuficiente.

Bastián cerró el cuaderno cuando advirtió que el debate había llegado a un punto donde las palabras necesitaban tiempo para posarse antes de que alguien pudiera decir algo que no fuera repetición. Antes de cerrarlo escribió la nota final con tinta roja, porque en esta ocasión le parecía más cercana al error que a la verdad, o más cercana a la incomodidad que a la certeza:

Ningún sistema sobrevive intacto al contacto con el poder. Eso no los invalida. Pero los obliga a una humildad que ni Aristóteles ni Kant han terminado de aceptar del todo. El señor Ponce preguntó si uno es bueno porque quiere o porque no le queda de otra. Hoy en el anfiteatro aprendí que existe una tercera posibilidad que ninguno de los dos contempló suficientemente: uno puede creer que es bueno porque quiere y estar haciendo el mal. Eso es lo más perturbador de todo lo que se dijo hoy. Y lo más verdadero.

Mañana: la mitad del mundo que no contaron. De Beauvoir tiene más que decir y Sor Juana también.

CAPÍTULO 5

La mitad del mundo que no contaron

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, segunda jornada, tercera sesión

Bastián llegó al anfiteatro con la sensación de que esta sesión iba a ser distinta a todas las anteriores de una manera que todavía no podía formular con precisión. Lo intentó en el cuaderno antes de que comenzara:

Quinta sesión. Ética III. Universalidad, particularidad y la pregunta del género. Anticipar que los dos filósofos principales van a estar en posición incómoda desde el principio. No por falta de argumentos sino por exceso de historia. La historia pesa más que los argumentos cuando la historia es el cuerpo de quien habla.

Simone de Beauvoir había llegado antes que nadie. Estaba sentada con la espalda recta y los brazos sobre los apoyos de la silla con la

compostura de quien no necesita demostrar nada porque lo que va a decir se sostiene solo. Sor Juana Inés de la Cruz estaba a su lado, lo cual en cualquier otro contexto habría sido anacrónico y en ese anfiteatro era simplemente lo que era: dos mujeres que habían ejercido la razón en condiciones que ningún varón del anfiteatro había conocido, sentadas juntas con la naturalidad de quienes comparten algo que no necesita explicación.

Averroes estaba en su lugar habitual. Bolívar también. Los demás fueron llegando en silencio, con la actitud de quienes saben que esta sesión no es la suya pero que sería un error perdérsela.

Aristóteles desplegó sus rollos. Kant alineó sus cuadernos. Bastián carraspeó.

—Tercera sesión de la segunda jornada —dijo—. El tema de hoy surge de algo que quedó pendiente en las sesiones anteriores. Los sistemas éticos de ambos filósofos pretenden universalidad. Hoy vamos a examinar esa pretensión con precisión. Simone de Beauvoir tiene la palabra para abrir.

De Beauvoir asintió levemente, como quien acepta una cortesía que no necesitaba pero no rechaza.

—Voy a comenzar con una observación que no es un ataque sino un diagnóstico —dijo, dirigiéndose a los dos filósofos con la misma equidistancia—. Aristóteles, usted construyó una ética del florecimiento humano. Kant, usted construyó una ética del deber universal. Ambos usaron la palabra hombre para referirse al sujeto de sus sistemas, y ambos lo hicieron de una manera que no era metafórica sino literal. El sujeto de la eudemonía aristotélica es el varón libre, adulto, ciudadano de la polis. El sujeto del imperativo categórico es el ser racional, que en la práctica de su época y de la suya, Aristóteles, era también el varón adulto con acceso a la educación y a la vida pública. La pregunta que les hago es esta: ¿qué cambia en sus sistemas cuando el sujeto es una mujer?

Aristóteles respondió con la honestidad que había mostrado en las sesiones anteriores cada vez que una pregunta tocaba los límites de su sistema.

—Cambia la aplicación histórica —dijo—. No el principio. Si el principio es que todo ser humano tiende hacia su propio florecimiento mediante la virtud, ese principio es extensible a cualquier ser humano independientemente de su sexo. Que yo no lo extendiera de esa manera es una limitación de mi tiempo y de mi comprensión, no una consecuencia necesaria del principio.

—Le agradezco la honestidad —dijo De Beauvoir—. Pero quisiera ir más lejos. El problema no es solo que usted no extendió el principio. El problema es que su sistema define la virtud en relación con un tipo específico de vida: la vida del ciudadano que delibera en la asamblea,

que compite en los juegos, que administra su oikos, que tiene tiempo para la contemplación. Esa vida no era accesible a las mujeres de su tiempo ni a las de muchos tiempos posteriores. ¿Puede un sistema ético que define la virtud según una vida inaccesible para la mitad de la humanidad considerarse universal?

Aristóteles abrió la boca y la cerró. Era el mismo gesto del capítulo anterior y Bastián lo anotó de nuevo porque su repetición era clínicamente significativa: marcaba el territorio donde el sistema encontraba su propio límite.

—No puede reclamarlo sin corrección —dijo finalmente—. Le concedo ese punto.

De Beauvoir giró levemente hacia Kant.

—Su caso es más complejo —dijo—. El imperativo categórico no define la virtud en términos de una vida particular. Es formal, como usted mismo ha dicho. En teoría, se aplica a todo ser racional sin distinción. Pero en la práctica usted escribió, en otros textos, que las mujeres no están plenamente capacitadas para la razón moral autónoma. Que su naturaleza las inclina hacia el sentimiento más que hacia el deber. Que su papel en la sociedad es el de esposa y madre, no el de sujeto moral independiente. ¿Cómo concilia usted esas afirmaciones con la universalidad de su imperativo?

Kant no respondió de inmediato. Bastián observó algo que no había visto en las tres jornadas anteriores: una incomodidad que no era intelectual sino de otra naturaleza, más profunda y más difícil de manejar con la herramienta de la lógica.

—No puedo conciliarlas —dijo finalmente, con una voz que Bastián anotó como la más honesta que Kant había producido en todo el debate—. Son una contradicción dentro de mi propio sistema. El imperativo categórico exige universalidad y yo no practiqué esa universalidad en mis escritos sobre las mujeres. Es una inconsistencia que no puedo defender.

El anfiteatro guardó un silencio que esta vez no era de impacto sino de reconocimiento: el silencio de quienes acaban de escuchar a alguien decir lo que nadie esperaba que dijera.

Sor Juana habló desde su silla con la voz de quien ha esperado cuatro siglos para decir algo y tiene muy claro cómo hacerlo.

—Lo que Simone ha señalado con precisión filosófica, yo lo viví con precisión biológica —dijo—. Fui una mujer en la Nueva España del siglo diecisiete que quiso ejercer la razón. No la razón como adorno, no la razón como virtud doméstica, sino la razón como los dos filósofos que debaten aquí la entienden: como herramienta de conocimiento del mundo y de uno mismo. Y el mundo en que viví me dijo, con la autoridad de la Iglesia, del Estado y de la costumbre, que esa razón no me

pertenecía. Que era un exceso. Una impertinencia. Una desviación de mi naturaleza.

Hizo una pausa que Bastián no intentó llenar.

—¿Saben lo que eso hace a un sistema ético? —continuó—. No lo invalida. Lo pone a prueba de una manera que ninguno de los dos ha conocido desde adentro. Aristóteles, usted dice que la virtud es un hábito cultivado. ¿Cómo se cultiva un hábito cuando el entorno sistemáticamente impide su ejercicio? Kant, usted dice que la razón se da la ley a sí misma. ¿Cómo se da la ley a sí misma una razón a la que sistemáticamente se le niega el derecho de hablar?

Kant respondió con una lentitud que no era evasión.

—La respuesta que le debo —dijo— es que mi sistema, correctamente aplicado, habría exigido que se le concediera ese derecho. Que no se lo concediera su tiempo es una condena a su tiempo, no a mi sistema.

—Es la misma respuesta que Aristóteles me dio —dijo Sor Juana—. Y la acepto como lo que es: verdadera en el papel e insuficiente en la vida.

Averroes intervino desde su lugar con la voz de quien ha estado procesando el debate desde un ángulo que los demás no han considerado.

—Quiero añadir una dimensión que ninguno ha mencionado —dijo—. El debate sobre la universalidad de estos sistemas éticos no es solo un debate de género. Es también un debate de civilización. Yo transmití el pensamiento de Aristóteles al mundo árabe y al mundo medieval europeo. Durante ese proceso, el pensamiento aristotélico se encontró con tradiciones filosóficas, éticas y teológicas radicalmente distintas. Y en cada encuentro, la pretensión de universalidad tuvo que negociar con la particularidad. La ética aristotélica sobrevivió ese encuentro, pero transformada. Lo cual me hace pensar que la universalidad no es un punto de partida sino un horizonte: algo hacia lo que los sistemas éticos tienden sin llegar nunca del todo.

—Eso es precisamente lo que yo sostengo con el imperativo categórico —dijo Kant.

—No —dijo Averroes, con una cortesía que era también una corrección—. Usted sostiene que la universalidad es el punto de partida: que la ley moral es universal a priori. Lo que yo observo históricamente es que la universalidad se construye en el encuentro entre sistemas distintos, no antes de él. Es una diferencia que importa.

Bolívar, que había escuchado con la atención de quien reconoce su propia experiencia en las palabras de otro, intervino con una voz que tenía la cansada lucidez de quien ha vivido la teoría desde adentro.

—Lo que Averroes describe en el plano filosófico, yo lo viví en el plano político —dijo—. Intenté construir repúblicas basadas en principios universales en territorios donde la universalidad era una abstracción que

nadie había experimentado. Las mujeres excluidas, los indígenas excluidos, los esclavos excluidos. No por los principios mismos, sino por quienes los aplicaban. Y cada vez que intenté ampliar la aplicación, encontré que la resistencia no venía de la ignorancia sino del interés. La universalidad es siempre amenazante para quienes han construido su posición sobre la particularidad.

De Beauvoir asintió.

—Exactamente —dijo—. Por eso la pregunta de la universalidad no es solo filosófica. Es política. Y un sistema ético que no lo reconoce está incompleto, independientemente de su elegancia formal.

Aristóteles respondió con algo que Bastián no esperaba: no una defensa sino una pregunta.

—¿Cómo propone usted construir un sistema ético que sea simultáneamente universal y políticamente consciente de su propio poder? —preguntó, dirigiéndose a De Beauvoir con la atención de quien genuinamente quiere saber.

De Beauvoir lo miró durante un momento.

—Empezando por reconocer que el sujeto del sistema no es abstracto sino situado —dijo—. Que toda ética parte de alguien concreto, en un cuerpo concreto, en un tiempo y un lugar concretos. Y que ese punto de partida no invalida la aspiración a la universalidad, pero sí obliga a recorrer el camino desde abajo hacia arriba, no desde arriba hacia abajo.

—Es una inversión del método —dijo Kant.

—Es una corrección del método —respondió De Beauvoir.

Bastián escribió la última nota de la sesión con tinta azul, porque esta vez le parecía verdadera sin reservas:

Lo que hoy quedó establecido en el anfiteatro es algo que los dos sistemas filosóficos no podían verse a sí mismos: que la pretensión de universalidad es siempre el primer paso, nunca el punto de partida. Que toda ética comienza siendo la ética de alguien particular y que su grandeza consiste en el esfuerzo honesto por trascender esa particularidad sin negarla.

De Beauvoir y Sor Juana lo dijeron de maneras distintas y con experiencias distintas y llegaron al mismo lugar. Averroes lo confirmó desde la historia. Bolívar lo confirmó desde la política.

Los dos filósofos principales lo escucharon. Kant lo admitió. Aristóteles preguntó cómo se hace.

Preguntar cómo se hace es, en la escala de Aristóteles, la forma más alta de aceptar que algo no está resuelto.

Mañana: la política. El animal político y el ciudadano racional. Maquiavelo lleva dos jornadas esperando este momento y no ha disimulado su impaciencia.

CAPÍTULO 6

El animal político y el ciudadano racional

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, tercera jornada

Bastián llegó al anfiteatro con la convicción de que la política era el campo donde los sistemas filosóficos mostraban sus costuras con mayor crueldad. No porque la política fuera más importante que la metafísica o la ética, sino porque era el territorio donde las ideas dejaban de ser ideas y se convertían en consecuencias para personas que no habían elegido vivir dentro de ningún sistema filosófico y que de todas formas lo padecían o lo disfrutaban.

Lo escribió en el cuaderno antes de que llegara nadie:

Sexta sesión. Política. El campo más peligroso del debate porque es el único donde los errores no son abstracciones. Un error metafísico lo paga el filósofo con su reputación. Un error político lo pagan otros con su vida. Maquiavelo lleva jornadas enteras esperando este momento. Observar con atención.

Maquiavelo fue el primero en llegar después de Bastián, lo cual no sorprendió a ninguno de los dos. Se sentó en el centro del semicírculo con la postura de quien ha llegado a casa y pidió a Bastián, con una cortesía que era también una declaración de intenciones, que le permitiera hacer la primera intervención del día antes de que los filósofos principales comenzaran.

Bastián lo consideró durante dos segundos.

—Después de la apertura —dijo.

Maquiavelo asintió con una sonrisa que no era de resignación sino de alguien que sabe que su momento llegará y que puede esperar porque lleva siglos haciéndolo.

Los demás fueron llegando. Bolívar con la expresión de quien va a escuchar algo sobre su propia vida sin poder intervenir para cambiarla. Stalin con la quietud de siempre. Sócrates con los brazos cruzados y los ojos entornados. Hitler en su silla del extremo con la compostura correcta que Bastián había aprendido a registrar como una señal de alerta más que de tranquilidad.

Aristóteles y Kant tomaron sus lugares. La mesa de mármol blanco esperaba como siempre: sin prisa, sin opinión.

—Tercera jornada —dijo Bastián—. El campo de la comunidad. La pregunta es esta: ¿cómo debemos organizarnos como seres humanos que necesitan vivir juntos? Empiecen.

Aristóteles no necesitó consultar sus rollos.

—El ser humano es por naturaleza un animal político —dijo, con la convicción de quien enuncia no una teoría sino una observación—. No

una convención, no un contrato, no una construcción racional: una realidad natural. El hombre que vive fuera de la comunidad política es o una bestia o un dios. Y dado que la mayoría de los hombres no son ni lo uno ni lo otro, la polis no es una opción sino una necesidad. La organización política no se justifica: existe porque la naturaleza humana la exige.

—La naturaleza humana —repitió Kant, con el tono de quien toma una palabra y la sostiene a la luz para examinarla—. Ese es el fundamento de su argumento y también su debilidad principal. Usted funda la organización política en lo que el ser humano es por naturaleza. Pero la naturaleza humana, como hemos discutido en jornadas anteriores, es variable, históricamente condicionada y filosóficamente indemostrable en su esencia. Fundar la política en la naturaleza es fundarla en arena. La organización política necesita un fundamento más sólido: los principios racionales que todo ser humano puede reconocer como necesarios independientemente de su naturaleza particular.

—¿Y cuáles son esos principios? —preguntó Aristóteles.

—El respeto a la dignidad de cada ser humano como fin en sí mismo —dijo Kant—. La organización política legítima es aquella que trata a cada ciudadano como fin y nunca como medio. El Estado no existe para realizar la naturaleza humana, como usted sostiene: existe para garantizar las condiciones en que cada ser humano pueda ejercer su autonomía racional.

Maquiavelo no pudo contenerse más, y Bastián, que lo estaba observando, decidió que era el momento de cederle la palabra.

—Florentino —dijo.

Maquiavelo se puso de pie con la energía de quien lleva demasiado tiempo sentado escuchando cosas que le parecen incompletas.

—Les agradezco la oportunidad —dijo, dirigiéndose a ambos filósofos con la cortesía de quien sabe que va a incomodar y ha decidido hacerlo de todas formas—. Han debatido durante esta jornada sobre cómo debe organizarse la comunidad política. Aristóteles dice que según la naturaleza. Kant dice que según la razón. Los dos tienen razón en el plano de los principios. Y los dos se equivocan en el plano de la realidad. Porque el poder no funciona según la naturaleza ni según la razón. El poder funciona según el poder.

—Eso es una tautología —dijo Kant.

—Es una observación —respondió Maquiavelo, sin inmutarse—. El príncipe que espera que sus súbditos actúen según su naturaleza racional será depuesto por el que entiende cómo funcionan realmente los hombres: por el miedo, por el interés, por la lealtad que se gana y se pierde, por la fortuna que no obedece a ningún principio filosófico. No

digo que los principios no importen. Digo que sin poder no hay principios que sobrevivan. Y el poder se mantiene con habilidad, no con filosofía.

—Lo que usted describe —dijo Aristóteles— es el gobierno de los tiranos, no el de los ciudadanos. Mi sistema contempla la tiranía como la degeneración más grave de la polis precisamente porque sustituye el bien común por el bien del gobernante. Reconocer cómo funciona el poder corrupto no equivale a proponer que así debe funcionar.

—No propongo que así debe funcionar —dijo Maquiavelo—. Propongo que así funciona. Y que quien gobierna sin entenderlo gobernará mal, con las mejores intenciones del mundo.

Bolívar intervino con la voz que Bastián ya había aprendido a reconocer: la de alguien que habla desde adentro de la historia, no desde afuera.

—Puedo confirmar lo que Maquiavelo describe —dijo, sin dramatismo—. Intenté construir repúblicas fundadas en principios racionales sobre territorios donde el poder funcionaba exactamente como él lo describe. No porque los hombres fueran irracionales sino porque las condiciones materiales, las lealtades particulares, las rivalidades regionales y los intereses económicos pesaban más que cualquier principio abstracto. Kant, su república de ciudadanos racionales es el horizonte más hermoso que la filosofía política ha producido. Y es un horizonte: algo que se ve desde lejos y que retrocede a medida que uno avanza hacia él.

—Los horizontes —dijo Kant— no son ilusiones. Son direcciones. Una república que sabe hacia dónde debe ir avanza, aunque avance despacio. Una que no lo sabe no avanza: gira.

—Hermoso —dijo Bolívar—. Y verdadero. Y completamente insuficiente para gobernar la Gran Colombia en 1820.

Stalin habló desde su extremo del semicírculo con la voz de quien no necesita alzarla para que todos la escuchen.

—Lo que ninguno de los tres ha dicho —señaló, mirando a Aristóteles, Kant y Maquiavelo con la misma calma— es que el problema no es el sistema político sino las condiciones materiales que lo producen. Aristóteles funda la polis en la naturaleza humana sin preguntarse qué produce esa naturaleza. Kant funda la república en la razón sin preguntarse quién tiene acceso a esa razón. Maquiavelo describe el poder sin preguntarse en qué condiciones económicas ese poder existe y se reproduce. Los tres describen la superficie sin tocar el fondo.

—¿Y cuál es el fondo según usted? —preguntó Aristóteles.

—Las relaciones de producción —dijo Stalin—. Quién posee qué. Quién trabaja para quién. Quién tiene tiempo para deliberar en la asamblea y quién no lo tiene porque está arando el campo de otro. Su polis, Aristóteles, era posible porque los esclavos hacían el trabajo que sus

ciudadanos no querían hacer. Su república, Kant, asumía una igualdad formal que el orden económico real hacía imposible.

—Lo que describe usted —dijo Kant— es una crítica que podría ser válida como diagnóstico. Como prescripción, produjo en el siglo veinte los regímenes más letales que la historia ha conocido.

—El diagnóstico no es responsable de quien mal usa la medicina —dijo Stalin.

—Es exactamente lo mismo que Aristóteles y yo hemos dicho sobre el uso de nuestros propios sistemas —respondió Kant—. Y ninguno de los dos lo aceptamos como defensa suficiente.

El silencio que siguió fue el de quienes acaban de ver un argumento volverse contra quien lo formuló, y nadie en el anfiteatro tuvo ganas de romperlo de inmediato.

Sócrates habló desde su silla con la voz tranquila de quien ha esperado el momento exacto.

—Aristóteles —dijo—, usted sostiene que el ser humano es un animal político por naturaleza. Pero la naturaleza, como hemos discutido, es variable y condicionada. ¿Puede ser que lo que usted llama naturaleza política sea en realidad un hábito tan antiguo que parece naturaleza?

Aristóteles lo miró durante un momento.

—Es posible —dijo—. Pero si un hábito es tan antiguo y tan universal que ninguna sociedad humana conocida ha existido sin alguna forma de organización política, la distinción entre naturaleza y hábito antiquísimo pierde relevancia práctica.

—¿Pierde relevancia? —preguntó Sócrates—. ¿O la gana? Porque si es un hábito, puede cambiarse. Y si puede cambiarse, la pregunta de cómo debe organizarse la comunidad se vuelve más urgente, no menos.

Aristóteles consideró esto durante varios segundos.

—La pregunta de cómo debe organizarse la comunidad —dijo finalmente — es exactamente la pregunta de la política. Y yo respondo: de acuerdo con el bien común, definido por la razón práctica de los ciudadanos que la componen, ajustada a las circunstancias particulares de cada comunidad.

—Y yo respondo —dijo Kant— de acuerdo con los principios racionales universales que trascienden cualquier circunstancia particular.

—Y yo respondo —dijo Maquiavelo, desde su silla, sin ponerse de pie— que ambas respuestas son correctas y que ninguna de las dos le dice al gobernante qué hacer mañana por la mañana cuando sus generales le informan que la mitad del ejército ha desertado.

Bastián cerró el cuaderno. Antes de cerrarlo escribió la nota final con tinta azul, aunque esta vez con una reserva que marcó con un paréntesis:

Aristóteles y Kant han debatido la política como filósofos: desde los principios hacia la realidad. Maquiavelo la ha debatido como observador: desde la realidad hacia los principios. Bolívar la ha debatido como actor: desde adentro de ambos sin poder elegir ninguno. Stalin la ha debatido como acusado: usando el lenguaje del diagnóstico para eludir el de la responsabilidad.

Ninguno de los cuatro tiene la respuesta completa. Los cuatro tienen una parte que los demás necesitan.

(El señor Ponce nunca ha pensado en términos de polis ni de imperativo categórico. Y sin embargo vive dentro de ambos sin saberlo. Eso también es una forma de respuesta.)

Mañana: la belleza. Mozart lleva jornadas enteras preguntándose por qué nadie habla de la música y por fin va a tener su oportunidad.

CAPÍTULO 7

Lo bello, lo útil y lo sublime

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, cuarta jornada

Bastián llegó al anfiteatro con una sensación que tardó más de lo habitual en clasificar. No era aprensión, como antes del capítulo sobre Hitler y Stalin. No era la anticipación intelectual de los primeros capítulos. Era algo más parecido a lo que sus pacientes describían cuando intentaban explicar por qué ciertas piezas musicales los hacían llorar sin saber por qué, y él les respondía que era una respuesta autonómica del sistema límbico ante patrones sonoros que el cerebro asocia con experiencias emocionalmente significativas, y ellos lo miraban como si hubiera dicho algo verdadero y completamente insuficiente al mismo tiempo.

Lo escribió en el cuaderno antes de que llegara nadie, porque era el tipo de observación que solo podía hacerse cuando no había nadie mirando:

Séptima sesión. Estética. La belleza y el arte. Anticipo que esta será la jornada más extraña del debate porque es la única donde los argumentos filosóficos compiten directamente con la evidencia de la experiencia. Mozart está aquí. Leonardo también. Goethe. Sor Juana. Sus existencias enteras son argumentos que ningún sistema filosófico puede ignorar sin deshonestidad.

Mozart llegó antes de que Bastián terminara de escribir, con la energía ligeramente inquieta de quien ha estado esperando demasiado tiempo y no ha podido hacer nada con esa energía porque en el Gran Anfiteatro de Ningún Lugar no había instrumentos. Se sentó, se levantó, volvió a sentarse. Miró a Bastián.

—¿Puedo hablar hoy? —preguntó, con la franqueza de quien no ha aprendido que esa pregunta se considera socialmente inapropiada.

—Cuando corresponda —dijo Bastián.

—¿Y cuándo corresponde?

—Cuando lo que tenga que decir no pueda decirlo nadie más.

Mozart consideró esto y pareció satisfecho con la respuesta, lo cual era inusual en alguien que raramente parecía satisfecho con nada que no hubiera compuesto él mismo.

Leonardo da Vinci llegó después, con la calma de quien ha aprendido que el tiempo es una variable que puede manipularse si uno entiende bien su naturaleza. Goethe ocupó su silla con el aplomo de quien ha sido simultáneamente poeta, científico y ministro de Estado y ha encontrado en esa simultaneidad no una contradicción sino un método. Sor Juana llegó con los mismos textos de siempre y la misma atención de siempre, que era total y silenciosa hasta que no lo era.

Aristóteles desplegó un rollo que Bastián no había visto antes, más delgado que los anteriores, con la grafía más apretada de quien está registrando observaciones sobre un territorio menos familiar que la metafísica o la ética. Kant abrió el segundo cuaderno en una sección que había marcado con un trozo de tela doblada.

—Cuarta jornada —dijo Bastián—. El campo de la belleza. La pregunta es esta: ¿qué es lo bello, para qué sirve y qué nos dice sobre nosotros mismos? Empiecen.

Aristóteles habló con la cadencia de quien no está recitando una doctrina sino pensando en voz alta sobre algo que lo ha intrigado durante siglos.

—El arte es imitación —dijo—. No en el sentido peyorativo que a veces se le atribuye: no una copia inferior de la realidad sino una representación que revela lo que la realidad contiene pero que la experiencia cotidiana no muestra con claridad. La tragedia imita la acción humana para producir catarsis: purificación de las emociones de terror y compasión. El arte no es ornamento ni entretenimiento: es conocimiento. Una forma de conocer el mundo y al ser humano que ninguna otra disciplina puede sustituir.

—La imitación como conocimiento —dijo Kant, con el tono de quien encuentra una idea interesante y necesita examinarla antes de aceptarla o rechazarla—. Es una propuesta que respeto. Pero el arte que más me interesa no es el que imita sino el que trasciende. El juicio estético genuino no es el que dice esto es una buena imitación de la realidad. Es el que dice esto es bello, con la certeza de quien enuncia algo universal sin poder demostrarlo lógicamente. La belleza no se argumenta: se reconoce. Y ese reconocimiento, que es simultáneamente subjetivo y con pretensión de universalidad, es el fenómeno más misterioso que la razón humana produce.

—¿Por qué misterioso? —preguntó Aristóteles—. El reconocimiento de la belleza tiene reglas. Proporción, armonía, unidad en la variedad. No son reglas arbitrarias: emergen de la observación de lo que los seres humanos en distintas culturas y tiempos han considerado bello. Si hay regularidad, hay principios. Y si hay principios, hay conocimiento posible.

—Hay regularidad —concedió Kant—. Pero la regularidad no agota el fenómeno. Existen obras que violan todas las reglas de proporción y armonía y que sin embargo producen en quien las contempla algo que no puede llamarse de otra manera que experiencia de lo sublime. Y lo sublime no se explica con reglas: desborda cualquier categoría que la razón intente imponerle.

Mozart no esperó más.

—Permítanme —dijo, desde su silla, con la urgencia contenida de quien lleva demasiado tiempo escuchando hablar de música a personas que no hacen música—. Llevan varios minutos discutiendo sobre lo bello y lo sublime sin que ninguno de los dos haya explicado por qué una melodía puede hacer llorar a un hombre que nunca ha llorado en su vida. No porque lo imite en su tristeza, Aristóteles, aunque eso también ocurre. No porque active su juicio estético desinteresado, Kant, aunque eso también ocurre. Sino porque la música hace algo que ningún otro arte puede hacer: entra directamente, sin pasar por el entendimiento, sin pedir permiso a la razón, y mueve algo que estaba quieto. ¿Cómo explican eso sus sistemas?

El anfiteatro guardó un silencio que esta vez tenía una textura diferente a los anteriores: no era el silencio del impacto intelectual sino algo más parecido al silencio que sigue a una nota larga que acaba de apagarse.

Aristóteles respondió primero, con una honestidad que Bastián anotó como característica de esta jornada: la jornada donde el sistema encontraba sus límites más rápido que en cualquier otra.

—La música es el arte que más resistencia opone a mi análisis —admitió —. No imita nada directamente. No representa objetos ni acciones reconocibles. Y sin embargo produce catarsis con una eficacia que ningún otro arte alcanza. Lo que puedo decir es que imita los movimientos del alma: que sus ritmos y sus modos corresponden a estados emocionales que el oyente reconoce sin necesitar que le expliquen por qué.

—Eso es una descripción —dijo Mozart—, no una explicación.

—Tiene usted razón —dijo Aristóteles, con una brevedad que en él era equivalente a una rendición parcial.

Kant intentó desde otro ángulo.

—La música produce lo sublime porque excede la capacidad de la imaginación para contenerla —dijo—. No hay imagen que corresponda a una sinfonía. No hay concepto que la agote. Y esa incapacidad de la

razón para dominar completamente lo que percibe produce en el oyente una experiencia que es simultáneamente de derrota y de elevación. La razón fracasa ante lo sublime y en ese fracaso descubre algo sobre sus propios límites que ninguna otra experiencia le enseña.

Mozart lo miró con la expresión de quien ha recibido una respuesta que es filosóficamente interesante y musicalmente irrelevante.

—Compuse el Réquiem —dijo, con sencillez—. No pensé en los límites de la razón mientras lo hacía. Pensé en la muerte. En que iba a morir. En que quería decir algo sobre eso que las palabras no podían decir. ¿Cabe eso en alguno de sus sistemas?

Leonardo intervino desde su silla con la voz tranquila de quien ha pasado la vida en el territorio exacto donde la pregunta de Mozart vive.

—Lo que Mozart describe —dijo— es el problema que yo enfrenté cada vez que intenté pintar algo que no podía ver: la luz dentro de las cosas, el movimiento antes de que ocurra, la forma de lo que está a punto de existir. El arte no imita la realidad visible, Aristóteles, o no solo. Imita la realidad que está debajo de la visible. Y para hacer eso el artista necesita algo que no es ni imitación ni juicio estético: es una forma de atención que no tiene nombre filosófico todavía.

—Intuición —dijo Goethe, desde su silla, con la brevedad de quien lleva tiempo esperando el momento exacto para una sola palabra.

Todos lo miraron.

—La intuición no es irracional —continuó, con la voz de quien ha pensado en esto durante décadas y ha llegado a una conclusión que le costó mucho—. Es una forma de razón que procede por síntesis en lugar de por análisis. Aristóteles analiza: descompone la belleza en sus elementos para comprenderla. Kant juzga: examina la relación entre el objeto y la facultad que lo percibe. Ninguno de los dos sintetiza: ninguno de los dos permite que el objeto hable antes de que el sistema lo categorice. El arte exige eso. Exige callar el sistema un momento y escuchar.

Kant respondió con algo que Bastián no esperaba: no una refutación sino una concesión parcial formulada con precisión.

—El genio artístico —dijo— es precisamente la capacidad de producir algo que las reglas no pueden enseñar ni la razón puede demostrar completamente. No lo coloco fuera de mi sistema: lo coloco en el límite del sistema, donde la razón reconoce que existe algo que no puede contener del todo y que sin embargo no puede ignorar.

—El límite del sistema —repitió Sor Juana, desde su silla, con una voz que tenía la ironía suave de quien ha vivido toda su vida en ese límite y lo conoce desde adentro—. Yo escribí poesía en el límite del sistema. Filosofía en el límite del sistema. Ciencia en el límite del sistema. No porque eligiera el límite sino porque el centro me estaba vedado. Y

desde el límite le digo algo que quizás no pueden ver desde el centro: el límite no es el borde del conocimiento. Es el lugar donde el conocimiento se vuelve más honesto porque ya no puede fingir que lo contiene todo.

El anfiteatro guardó el silencio más largo de todas las jornadas. Bastián no lo interrumpió porque reconoció en él algo clínicamente valioso: el silencio de una sala donde todos acaban de pensar algo que todavía no pueden formular, que es el estado mental más productivo que existe y que dura exactamente lo que dura antes de que alguien lo rompa con una palabra prematura.

Fue Aristóteles quien lo rompió, y lo hizo bien.

—Lo que esta jornada ha mostrado —dijo, dirigiéndose al anfiteatro entero con la voz de quien hace un balance provisional, no una conclusión— es que la belleza resiste el análisis sin escapar de él. Que podemos estudiarla, describirla, buscar sus principios, y que al final siempre queda un residuo que ningún principio captura completamente. Ese residuo no es un defecto del análisis. Es la señal de que el objeto es más rico que cualquier sistema que lo examine.

—En eso —dijo Kant, con una sequedad que en él era la forma más alta de acuerdo— coincidimos completamente.

Mozart los miró a los dos con la expresión de quien acaba de escuchar algo que le parece correcto y aun así insuficiente, y que ha decidido que por hoy es suficiente con eso.

Bastián cerró el cuaderno. Escribió la nota final con tinta azul, sin paréntesis, sin reservas:

Esta ha sido la jornada más honesta del debate. No porque los dos filósofos hayan cedido más que en otras sesiones, aunque lo hicieron, sino porque el tema los obligó a admitir algo que la metafísica, la ética y la política les permitían eludir: que existen formas de conocimiento que sus sistemas no contienen completamente y que son, sin embargo, formas de conocimiento genuinas.

Mozart lo dijo sin saberlo. Leonardo lo mostró sin argumentarlo. Goethe lo formuló en una palabra. Sor Juana lo vivió desde adentro durante cuatro siglos.

La belleza no refuta a Aristóteles ni a Kant. Los completa. Y los dos lo saben ahora mejor que al principio de esta jornada.

Mañana: Dios, el alma y los límites de la razón. La jornada más silenciosa. Spinoza lleva todo el debate esperando ese silencio.

CAPÍTULO 8

Dios, el alma y los límites de la razón

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, quinta jornada

Bastián llegó al anfiteatro con la certeza de que esta jornada iba a ser distinta a todas las anteriores de una manera que no tenía que ver con el rigor del debate ni con la tensión de los participantes sino con algo más difícil de formular clínicamente: el peso específico del tema. La metafísica, la ética, la política y la estética eran territorios donde la razón se movía con mayor o menor comodidad pero se movía. Lo que venía hoy era el territorio donde la razón llega a su propio borde y se asoma al vacío que hay detrás.

Lo escribió en el cuaderno con la letra más pequeña de todas las jornadas, como si el tema exigiera menos espacio o más contención:

Octava sesión. Dios, el alma y los límites de la razón. El tema más silencioso del debate. Spinoza lleva jornadas enteras esperando este momento y no ha dicho prácticamente nada. Averroes también. Platón también. Cuando los que más saben de un tema son los que menos han hablado, hay que prestar atención especial a lo que digan cuando hablen.

El anfiteatro tenía esa mañana, o esa sesión, porque el tiempo seguía sin declinar, una quietud diferente a la de las jornadas anteriores. Como si el espacio supiera lo que se iba a discutir y hubiera decidido adelantarse al tono. Las columnas parecían más altas. La luz sin sombras parecía más densa. O quizás era Bastián, que después de siete sesiones de debate filosófico intenso empezaba a notar que el sueño tenía sus propias reglas de iluminación dramática y que no valía la pena resistirlas.

Spinoza estaba en su silla con los brazos sobre las rodillas y la postura de quien lleva mucho tiempo pensando en una sola cosa y ha llegado a una conclusión que le da una paz que los demás no terminan de entender. Platón tenía la expresión de quien va a escuchar algo sobre su propio territorio y no está seguro de que le vaya a gustar. Averroes leía en silencio unos papeles que Bastián no pudo identificar desde su lugar.

Dante Alighieri ocupaba su silla con una presencia que en las jornadas anteriores había sido discreta y que esta mañana era diferente: la de alguien que ha estado en el territorio que se va a debatir y lo conoce no como concepto sino como experiencia narrada. Goethe estaba junto a él, con la expresión del científico que también es poeta y sabe que esta jornada le pertenece tanto como la anterior.

Aristóteles desplegó el rollo más delgado de todos. Kant no abrió ningún cuaderno: tenía las manos sobre la mesa con la palmas hacia abajo, como quien se prepara para algo que requiere más que argumentos escritos.

—Quinta jornada —dijo Bastián—. El campo del horizonte. La pregunta es esta: ¿qué hay más allá de lo que podemos saber? Empiecen.

Hubo un silencio breve antes de que Aristóteles hablara, lo cual era inusual en él y Bastián lo anotó.

—Voy a comenzar por donde mi razón me llevó —dijo Aristóteles, con una voz que tenía una cadencia distinta a la de las jornadas anteriores, más lenta, más cuidadosa, como si cada palabra requiriera ser colocada con más precisión que de costumbre—. El movimiento existe. Todo lo que se mueve es movido por algo. Esa cadena no puede ser infinita porque una serie infinita de causas no explica nada: es una explicación que se aplaza indefinidamente sin resolverse nunca. Por lo tanto existe un primer motor que mueve sin ser movido. Ese primer motor es lo que llamamos Dios: no un ser con atributos humanos, no un legislador que premia y castiga, sino el pensamiento que se piensa a sí mismo, la forma pura sin materia, el acto puro sin potencia. La razón llega hasta ahí. Hasta ahí y no más lejos.

—El argumento —dijo Kant, con la voz igualmente más cautelosa que en jornadas anteriores— es uno de los más elegantes que la filosofía ha producido. Y tiene un defecto que la razón misma puede señalar: usa la causalidad como categoría para llegar más allá del mundo donde la causalidad tiene validez. La causalidad es una categoría del entendimiento que aplica al mundo fenoménico, al mundo de la experiencia posible. Aplicarla para inferir la existencia de algo más allá de ese mundo es exactamente el tipo de extralimitación que la razón comete cuando pretende conocer lo que no puede conocer.

—¿Y usted? —preguntó Aristóteles—. ¿Llega más lejos o se queda antes?

—Me quedo antes —dijo Kant—. Y lo hago con honestidad. No puedo demostrar la existencia de Dios. Tampoco puedo negarla. La razón teórica llega a sus propias antinomias y se detiene. Pero la razón práctica, la razón moral, necesita postular la existencia de Dios y la inmortalidad del alma como condiciones de posibilidad de la moral. Si la virtud no tiene ninguna consecuencia última, si el bien y el mal se disuelven en la misma nada al final de cada vida, el imperativo categórico flota en el vacío sin anclaje posible. No afirmo que Dios existe porque pueda demostrarlo. Lo postulo porque la moral lo necesita.

—Es una forma honesta de creer —dijo Aristóteles—. Y una forma curiosa: creer no porque la razón lo demuestre sino porque la razón lo necesita.

—Es la única forma filosóficamente responsable de creer —respondió Kant.

Spinoza habló entonces, con la voz de quien ha estado esperando el momento exacto y lo ha encontrado.

—Los dos están hablando de Dios como si fuera una entidad separada del mundo —dijo, sin alzar la voz, con la calma de quien enuncia algo que le parece evidente aunque sabe que no lo es para los demás—. Aristóteles lo coloca como primer motor fuera de la cadena causal. Kant lo postula como garante externo de la moral. Pero ¿han considerado que Dios y el mundo podrían ser la misma cosa? Que lo que llamamos Dios

es la sustancia única de la que todo lo que existe es modo o expresión. Que no hay afuera: que la naturaleza entera, con sus leyes y su orden, es la expresión de lo divino. Deus sive natura. Dios, es decir, la naturaleza.

El anfiteatro guardó un silencio que tenía la textura de algo que acaba de abrirse sin que nadie hubiera planeado abrirlo.

—Su propuesta —dijo Aristóteles— elimina la trascendencia. Si Dios es la naturaleza, no hay nada más allá de la naturaleza. Y entonces mi primer motor inmóvil no tiene lugar donde estar.

—No tiene lugar donde estar fuera —concedió Spinoza—. Está dentro. Es la necesidad misma que hace que las cosas sean como son y no de otra manera. No un ser que eligió crear: la necesidad que hace imposible que las cosas sean diferentes.

—Eso —dijo Kant— resuelve el problema de la trascendencia eliminándola. Lo cual es una solución. Pero deja sin resolver el problema de la moral: si todo es necesario, si nada podría ser de otra manera, ¿qué sentido tiene el deber? ¿Cómo puede haber imperativo categórico en un universo donde cada acción es la consecuencia necesaria de causas que la precedieron?

—El mismo sentido que tiene la razón en un cerebro que es también materia —dijo Spinoza—. La necesidad no elimina la razón: la expresa. El ser humano que actúa según la razón actúa según su naturaleza más propia, que es parte de la naturaleza del todo. La libertad no es escapar de la necesidad: es actuar desde la necesidad más íntima de lo que uno es.

Bastián anotó: *Spinoza acaba de proponer una solución que es internamente coherente y que hace innecesario tanto el primer motor de Aristóteles como el postulado práctico de Kant. El problema es que también hace innecesaria la libertad tal como ambos la entienden. Y sin libertad, la pregunta del señor Ponce no tiene respuesta posible: si todo es necesario, uno no es bueno porque quiere ni porque no le queda de otra. Simplemente es lo que es.*

Averroes intervino con la voz del que ha sido toda su vida el punto de encuentro entre tradiciones que no se hablan directamente.

—Escucho este debate desde un lugar que ninguno de los tres habita —dijo—. El Islam filosófico intentó reconciliar la razón aristotélica con la revelación coránica durante siglos. El resultado fue una tradición que no coincide exactamente con ninguna de las tres posiciones que se han presentado hoy. Para nosotros, Dios es trascendente como en Aristóteles, pero también creador activo y continuo, no solo primer motor inmóvil. La razón puede conocerlo en parte, pero no agotarlo. La revelación completa lo que la razón alcanza pero no termina. ¿Han considerado que la razón y la revelación podrían ser caminos complementarios y no competitivos hacia el mismo horizonte?

—No puedo trabajar con la revelación como fuente filosófica —dijo Kant, con una franqueza que no era hostilidad—. No porque la niegue sino porque no puedo someterla a crítica racional sin circularidad. Si la revelación es verdadera porque Dios la garantiza y Dios existe porque la revelación lo afirma, el argumento no avanza.

—Comprendo la objeción —dijo Averroes—. Es la misma que enfrenté en mi tiempo y que me valió la condena. Pero permítame señalar algo: usted postula la existencia de Dios porque la moral lo necesita. Yo podría decir que la razón necesita la revelación porque sola llega hasta un punto y después encuentra silencio. El silencio no es un defecto de la razón: es la señal de que hay algo más allá que merece otra forma de aproximación.

Platón, que había escuchado con la expresión de quien asiste a un debate sobre su propio territorio sin haber sido invitado como protagonista, habló con la voz de quien tiene mucho que decir y ha decidido decir solo lo esencial.

—Lo que ninguno ha mencionado —dijo— es el alma. Hemos hablado de Dios desde distintos ángulos. Pero el alma, que es el vínculo entre el ser humano y lo divino, ha permanecido al margen del debate. Aristóteles la redujo a forma del cuerpo, lo cual la hace mortal. Kant la postuló como inmortal porque la moral lo necesita. Spinoza la disolvió en modo de la sustancia. Yo sostengo que el alma es lo más real que existe, más real que el cuerpo que la aloja, y que su destino final no es la disolución sino el retorno a su origen. Todo lo demás es sombra en la caverna.

—Maestro —dijo Aristóteles, con el tono que reservaba para Platón y que era simultáneamente respetuoso y disidente—, hemos tenido esta discusión durante dos milenios y no hemos llegado a un acuerdo. No creo que esta sesión vaya a resolverla.

—No —dijo Platón—. Pero la pregunta sigue siendo la misma. Y eso, al menos, es algo en lo que coincidimos.

Dante habló por primera vez en el debate con la voz de quien no viene a argumentar sino a testificar.

—He escrito sobre el infierno, el purgatorio y el paraíso —dijo, con la sencillez de quien enuncia un hecho—. No como metáfora. Como mapa de lo que el alma puede llegar a ser cuando se aleja de Dios y como mapa de lo que puede llegar a ser cuando se acerca. Sé que ninguno de ustedes acepta ese mapa como argumento filosófico. Lo que les ofrezco no es un argumento sino una experiencia narrada: la de alguien que intentó imaginar, con toda la razón y toda la imaginación de que era capaz, qué significa existir en relación con lo divino. Si Aristóteles tiene el primer motor y Kant tiene el postulado práctico y Spinoza tiene la sustancia única, yo tengo la Comedia. No sé cuál de los cuatro dice más verdad. Sé que los cuatro intentan lo mismo desde lugares distintos.

Goethe asintió desde su silla.

—El Fausto también —dijo, con la brevedad que era su forma de estar de acuerdo con algo que no podría haber dicho mejor él mismo.

Bastián cerró el cuaderno cuando el debate comenzó a moverse hacia un territorio donde las palabras empezaban a circular sin añadir. Era una señal que había aprendido a reconocer en las sesiones clínicas: el momento en que seguir hablando no produce más comprensión sino más ruido.

Escribió la nota final con tinta azul, aunque esta vez la letra era más grande que en todas las jornadas anteriores, como si el tema exigiera más espacio después de haberlo exigido menos al principio:

Aristóteles llegó a Dios por la razón y se detuvo donde la razón se detiene. Kant llegó hasta el mismo borde y postuló en lugar de afirmar. Spinoza eliminó el borde disolviendo la distancia entre Dios y el mundo. Averroes propuso que hay caminos que la razón no recorre sola. Platón recordó que el alma antecede a todo el debate. Dante y Goethe dijeron que la imaginación también es una forma de conocimiento y que sus mapas no son menos honestos que los argumentos.

No sé quién tiene razón. Es la primera vez en estas jornadas que no tengo una anotación en rojo ni en azul sino simplemente esta frase: no sé quién tiene razón.

Y sin embargo estoy más cerca de algo que al principio del debate. No de una respuesta. De la forma correcta de sostener la pregunta.

Mañana: el turno del anfiteatro. Diecinueve figuras que han escuchado durante cinco jornadas y tienen derecho a hablar. Anticipo que lo que digan será tan importante como todo lo que se ha dicho hasta ahora. Quizás más.

CAPÍTULO 9

El turno del anfiteatro

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, sexta jornada

Bastián llegó al anfiteatro con algo que en cinco jornadas no había sentido: la anticipación de quien no sabe exactamente lo que va a ocurrir. En las sesiones anteriores siempre había podido trazar el arco probable del debate antes de que comenzara: conocía los sistemas de los dos filósofos con suficiente profundidad para anticipar sus movimientos, igual que un psiquiatra experimentado puede anticipar las respuestas de un paciente que conoce bien sin por eso dejar de escucharlas con atención. Pero esta sesión era diferente porque los diecinueve no eran sistemas filosóficos que pudiera cartografiar con precisión. Eran personas. Y las personas, incluso en los sueños, hacían lo que hacían.

Lo escribió en el cuaderno con la letra más desigual de todas las jornadas, como si la mano hubiera decidido no seguir las instrucciones de la cabeza:

Novena sesión. El turno del anfiteatro. Diecinueve figuras que han escuchado durante cinco jornadas completas. Cada una tiene una pregunta o una objeción que dirigir a cualquiera de los dos filósofos. Regla única: con argumentos. Anticipo que algunos cumplirán la regla y otros la bordearán. Anticipo también que las preguntas más importantes serán las que ninguno de los dos filósofos haya anticipado. Las mejores preguntas siempre son esas.

Aristóteles y Kant estaban en sus lugares de siempre. Pero esta vez ambos tenían la postura de quien sabe que el rol va a cambiar: ya no hablarían primero sino que responderían. Para Aristóteles, que había pasado décadas respondiendo preguntas de sus alumnos en el Liceo, eso era terreno conocido. Para Kant, que había pasado décadas escribiendo en soledad y dando clases magistrales sin demasiada interrupción, era algo más parecido a un territorio nuevo.

—Sexta y última jornada —dijo Bastián—. El turno del anfiteatro. Cada uno puede dirigir su pregunta u objeción a cualquiera de los dos filósofos, o a ambos. Sin límite de tema: todo lo discutido en estas jornadas y todo lo que no se discutió son territorio válido. Empezamos.

Nadie esperó a que Bastián señalara a alguien. Sócrates habló primero, con la naturalidad de quien ha estado esperando este momento desde el principio no con impaciencia sino con la certeza de quien sabe que su momento llegará.

—Tengo una pregunta para los dos —dijo, con la voz tranquila de siempre—. Durante cinco jornadas han defendido sus sistemas con rigor y con honestidad. Han admitido límites, corregido errores, cedido terreno cuando era necesario. Eso es lo más valioso que he visto en este anfiteatro. Pero tengo que preguntarles: después de todo lo que han debatido, ¿son mejores personas que cuando llegaron? ¿Saben ustedes vivir mejor?

El anfiteatro guardó el silencio de quien acaba de recibir la pregunta más sencilla y más difícil al mismo tiempo.

Aristóteles respondió primero.

—La filosofía no me ha hecho mejor persona en el sentido de más virtuoso —dijo, con una honestidad que Bastián anotó como la más personal que el filósofo había mostrado en todo el debate—. Me ha hecho más consciente de lo que significa intentarlo. Que es distinto, pero no es poco.

Kant respondió después, con una pausa que Bastián clasificó como la más larga del debate entero.

—Creo —dijo finalmente, con una voz que tenía algo distinto a todas las voces anteriores, algo más cercano a la duda que a la certeza— que he vivido de acuerdo con el deber con una consistencia que me ha costado otras cosas. Si eso me hace mejor persona o simplemente más disciplinado, no lo sé con la claridad que quisiera.

Sócrates asintió, como quien recibe una respuesta que no era la que esperaba y es precisamente por eso la que necesitaba.

Hume fue el segundo en hablar, con la expresión del que lleva cinco jornadas conteniendo algo.

—Kant —dijo—, le hice una pregunta hace jornadas que usted respondió parcialmente: de dónde vienen las categorías del entendimiento. Pero hay otra pregunta que no le hice y que ha estado flotando desde entonces. Si la razón no puede conocer la cosa en sí, si estamos permanentemente encerrados dentro de los fenómenos que nuestra mente construye, ¿cómo sabe usted que su sistema es verdadero? ¿No es la Crítica de la razón pura también un fenómeno producido por su propio entendimiento, sujeto a las mismas limitaciones que describe?

Kant lo miró durante un momento.

—Es la objeción más incómoda que se le puede hacer a mi sistema —dijo— y usted sabe perfectamente que lo es porque la ha elaborado durante años. La respuesta honesta es esta: sí, la Crítica es también un producto de mi entendimiento. No puede escapar de las condiciones que describe. Lo que puedo decir es que un mapa que señala sus propios límites es más confiable que uno que no lo hace, aunque el mapa también esté hecho del mismo material que el territorio que pretende cartografiar.

Hume sonrió con la satisfacción de quien acaba de escuchar una respuesta que es exactamente tan buena como esperaba y exactamente tan insuficiente como sabía que iba a ser.

Darwin se puso de pie con la sencillez de quien no necesita el gesto para hacerse escuchar pero lo hace de todas formas porque el tema lo requiere.

—Aristóteles —dijo—, llevo cinco jornadas pensando en su teleología. La idea de que todo ser tiene una finalidad hacia la cual tiende, un telos que define su naturaleza. Mi trabajo deshizo esa idea en términos biológicos: los organismos no tienden hacia ningún fin predeterminado, se adaptan a condiciones cambiantes sin dirección ni propósito. Y sin embargo, escuchándolo debatir durante estas jornadas, me pregunto si su teleología no es salvable en un sentido que yo no había considerado. No como descripción de la naturaleza biológica sino como descripción de la naturaleza humana entendida como proyecto. El ser humano que se pregunta qué quiere ser y trabaja hacia eso no es un organismo que se adapta: es algo diferente. ¿Es eso lo que usted quería decir?

Aristóteles lo miró con la atención de quien acaba de recibir una ayuda que no esperaba de donde menos la esperaba.

—Es exactamente lo que quería decir —dijo—. Y agradezco que lo haya formulado con más precisión de la que yo usé.

Marie Curie no se puso de pie. Habló desde su silla con la voz de quien no necesita gestos adicionales para que la escuchen.

—Tengo una pregunta para los dos —dijo—. Durante estas jornadas han debatido sobre el conocimiento, la ética, la política, la belleza y Dios. En ningún momento han discutido la responsabilidad del conocimiento. No la responsabilidad moral del individuo, que sí discutieron: la responsabilidad del conocimiento mismo sobre sus consecuencias. La física que yo ayudé a construir produjo la bomba atómica. La filosofía que ustedes construyeron fue usada para justificar el terror. ¿Tiene el conocimiento responsabilidad sobre sus usos? ¿O el conocimiento es inocente por definición y la responsabilidad recae siempre y únicamente en quien lo aplica?

Los dos filósofos se miraron brevemente, lo cual era inusual: en cinco jornadas casi no se habían mirado entre sí.

Aristóteles respondió.

—El conocimiento es siempre conocimiento de algo y para algo —dijo—. No existe el conocimiento puro desvinculado de su uso posible. Por lo tanto el filósofo tiene la responsabilidad de considerar las consecuencias de lo que enseña, no solo la verdad de lo que enseña.

—Coincido —dijo Kant, lo cual también era inusual—. El uso de la razón tiene condiciones morales. Conocer sin considerar el impacto de ese conocimiento en los seres racionales que lo reciben y lo aplican es una forma de irresponsabilidad que mi sistema condena.

Curie los miró a los dos con la expresión de quien no está del todo satisfecha pero reconoce que es lo mejor que van a dar.

—Es un comienzo —dijo.

Nietzsche se puso de pie con la energía de siempre, pero esta vez algo en su postura era diferente: menos resorte comprimido, más alguien que ha pensado durante cinco jornadas y ha llegado a algo que no esperaba llegar.

—Llevo este debate entero atacando sus sistemas como jaulas —dijo, dirigiéndose a ambos filósofos—. Y lo sigo creyendo en parte. Pero después de escuchar a De Beauvoir, a Sor Juana, a Dante, a Mozart, he llegado a una conclusión incómoda para mí: que los sistemas que atacó no son solo jaulas. Son también andamios. Estructuras que permiten construir algo antes de que uno pueda sostenerse sin ellas. Mi crítica sigue siendo válida para quien usa el andamio como destino. Pero quien lo usa como punto de partida hace algo que yo no reconocí suficientemente. Les debo esa corrección.

El anfiteatro guardó un silencio que esta vez tenía la textura de la sorpresa genuina. Bastián anotó: *Nietzsche acaba de hacer lo más difícil que puede hacer un filósofo: corregirse en público sin abandonar su posición esencial.*

Bolívar habló con la voz fatigada y lúcida de siempre.

—Mi pregunta es para Aristóteles —dijo—. Usted sostiene que la organización política debe ajustarse a las circunstancias particulares de cada comunidad. Yo intenté eso. El resultado fue el fracaso de la Gran Colombia y la disgregación de lo que podría haber sido una potencia. ¿Qué me dice usted a mí, que intenté aplicar su principio y lo vi romperse en la realidad?

Aristóteles consideró la pregunta durante varios segundos.

—Le digo que aplicar correctamente el principio de ajustarse a las circunstancias requiere conocer esas circunstancias con una profundidad que ningún filósofo puede tener desde afuera —dijo—. Que el fracaso no invalida el principio: señala la dificultad de aplicarlo. Y que quien lo intentó con honestidad, como usted claramente lo hizo, no fracasó completamente. Fracasó en el proyecto político. No en el intento moral.

Bolívar lo miró durante un momento.

—Es una respuesta que me habría gustado escuchar en 1826 —dijo.

Turing habló desde su extremo con la voz de siempre: la de quien no está seguro de que su pregunta sea bienvenida y la hace de todas formas.

—Tengo una pregunta que se abre entre los dos sistemas —dijo—. Aristóteles, usted sostiene que el alma es la forma del cuerpo y que el conocimiento es una actividad del alma en relación real con el objeto conocido. Kant, usted sostiene que el conocimiento es la actividad del entendimiento que organiza los datos sensibles según sus categorías. En ambos casos el sujeto del conocimiento es el ser humano biológico con un tipo específico de mente. Mi pregunta es esta: si construimos una mente que procese información de manera indistinguible de la humana, ¿tiene alma según Aristóteles? ¿Tiene categorías del entendimiento según Kant? ¿Y si las tiene, tiene derechos morales?

El anfiteatro procesó esto en silencio durante varios segundos.

—No puedo responder a eso desde mi sistema sin forzarlo más allá de sus límites —dijo Aristóteles, con una honestidad que ya era característica de él en estas jornadas.

—Ni yo —dijo Kant—. Aunque mi imperativo categórico exigiría que si esa mente puede razonar moralmente, debe ser tratada como fin en sí misma. Lo que no puedo decirle es si esa condición es alcanzable por una máquina.

—Es suficiente —dijo Turing—. Que ambos sistemas dejen la pregunta abierta en lugar de cerrarla con una negativa es ya una forma de progreso.

Simone de Beauvoir habló con la precisión de siempre.

—Mi pregunta es breve —dijo—. ¿Qué cambia en sus sistemas si asumen que el punto de partida no es el individuo racional sino la relación entre individuos? No la persona sola frente al mundo sino la persona en vínculo con otras personas, constituida por esos vínculos tanto como por su propia razón.

Aristóteles respondió sin dudar.

—Mi sistema lo contempla: el ser humano es un animal político precisamente porque no se constituye solo. La amistad, la familia, la comunidad son parte de la eudemonía, no ornamentos de ella.

—El mío lo contempla menos —admitió Kant—. El sujeto del imperativo categórico es en gran medida solitario en su deliberación moral. Es una limitación que su pregunta señala con justeza.

—Gracias —dijo De Beauvoir, con una brevedad que era también una forma de respeto.

Sor Juana habló la última del público, lo cual Bastián no había planeado pero que reconoció como correcto en cuanto ocurrió.

—No tengo una pregunta —dijo—. Tengo una observación. He escuchado durante cinco jornadas a dos de los filósofos más importantes de la historia debatir con honestidad, corregirse con dignidad y admitir límites con valentía. He visto a diecinueve personas de épocas, culturas y disciplinas completamente distintas encontrar en ese debate algo que les importaba. Y he pensado durante todo ese tiempo en lo siguiente: este debate fue posible porque alguien lo soñó. Porque una mente que funciona de manera diferente a la mayoría decidió que la pregunta más importante que tenía en ese momento era una pregunta filosófica que ni Aristóteles ni Kant resolvieron completamente. Ese soñador no ha dicho nada en estas jornadas excepto para moderar y para anotar. Pero su silencio ha sido la condición de posibilidad de todo lo demás.

Hizo una pausa.

—Gracias, doctor Iturriaga.

Bastián levantó la vista del cuaderno. Miró a Sor Juana. Miró al anfiteatro entero. Notó que todos lo estaban mirando, lo cual era una experiencia que en el mundo despierto encontraba insoportable y que en ese momento, en ese espacio sin sombras y sin tiempo, encontraba simplemente verdadera.

Asintió con la cabeza. Una vez. Sin decir nada.

Porque no había nada que decir que fuera más preciso que ese gesto.

Cerró el cuaderno. Esta vez no escribió ninguna nota final. No porque no tuviera nada que anotar sino porque lo que había que anotar no cabía en palabras y él lo sabía y lo aceptaba, que era en sí mismo una forma de conocimiento que ninguna de las cinco jornadas anteriores le había enseñado de esa manera.

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar comenzó a disolverse muy lentamente, como una niebla que cede sin que uno pueda señalar el momento exacto en que cedió.

CAPÍTULO 10

Lo que Bastián escribió en el margen

El Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, después de todo

El anfiteatro se vació en silencio.

No de golpe, no con el ruido de sillas que se apartan ni con el murmullo de conversaciones que se inician al terminar un evento. Se vació como se vacían los sueños cuando han cumplido su función: gradualmente, con la dignidad de lo que sabe que ya dijo lo que tenía que decir. Aristóteles recogió sus rollos de papiro con la misma calma con que los había desplegado al principio, los colocó bajo el brazo y caminó hacia la izquierda hasta que dejó de ser visible, no porque hubiera salido por ninguna puerta sino porque el espacio donde había estado simplemente dejó de contenerlo. Kant recogió sus cuadernos, los alineó por última vez con la precisión de siempre, los tomó con ambas manos y caminó hacia la derecha hasta que ocurrió lo mismo.

Los diecinueve fueron desapareciendo en el mismo orden en que habían llegado durante las jornadas, o en un orden que Bastián no pudo reconstruir del todo porque no estaba mirando a ninguno en particular sino al espacio entero, que se iba volviendo más silencioso y más vasto a medida que se vaciaba, como una habitación que parece más grande cuando está vacía que cuando está llena, pero de una manera que en ese caso no producía soledad sino algo más parecido a la resonancia: el eco de todo lo que se había dicho quedando en el aire un momento más antes de disolverse.

El último en desaparecer fue Sócrates, que no caminó hacia ningún lado sino que simplemente dejó de estar sentado sin que Bastián pudiera identificar el momento exacto en que eso ocurrió.

Bastián se quedó solo en el anfiteatro vacío.

Se quedó quieto durante un tiempo que no podía medir porque en ese espacio el tiempo no se medía. Luego hizo lo único que sabía hacer cuando no sabía qué hacer: abrió el cuaderno.

No para escribir. Para leer.

Lo que siguió fue algo que en el mundo despierto habría llamado revisión de notas clínicas pero que en ese momento era otra cosa, o era lo mismo pero con un peso diferente: el recorrido por todo lo que había anotado durante seis jornadas, con la misma atención con que releía las historias clínicas de sus pacientes cuando necesitaba ver el caso completo antes de tomar una decisión.

Leyó la nota del primer capítulo: *La disputa no es sobre si el mundo existe. Ambos están de acuerdo en que existe. La disputa es sobre dónde reside el orden: si en el mundo o en la mente que lo contempla.* La subrayó con tinta azul porque seguía pareciéndole verdadera: era la formulación más limpia del debate entero y había llegado en la primera jornada, antes de que nada se complicara todavía.

Leyó la nota del segundo capítulo sobre Curie: *El conocimiento científico no es ni la esencia aristotélica ni el fenómeno kantiano: es una aproximación asintótica a algo que existe pero que nunca tocamos del todo. Es la posición más honesta de la sala.* La dejó sin subrayar porque seguía siendo verdadera pero también incompleta: la honestidad de Curie era la honestidad de la ciencia, que era una honestidad parcial, suficiente para su territorio pero insuficiente para los territorios que la ciencia no habita.

Leyó la nota del tercer capítulo: *Las cuatro respuestas son insuficientes por separado. Juntas empiezan a parecerse a algo verdadero.* Eso lo subrayó con tinta azul y añadió al margen, con letra más pequeña: *Sigue siendo así. Más todavía después de todo lo que vino después.*

Leyó la nota del cuarto capítulo, la única en rojo: *uno puede creer que es bueno porque quiere y estar haciendo el mal.* La leyó dos veces. No la cambió de color. Seguía siendo roja. Seguía siendo la observación más incómoda del debate y la más necesaria.

Leyó la nota del quinto capítulo: *La pretensión de universalidad es siempre el primer paso, nunca el punto de partida.* Azul. Sin reservas. Una de las tres o cuatro cosas más verdaderas que se habían dicho en todo el anfiteatro, y la había dicho De Beauvoir con una precisión que ningún sistema filosófico previo había alcanzado del mismo modo.

Leyó la nota del sexto capítulo con el paréntesis: *(El señor Ponce nunca ha pensado en términos de polis ni de imperativo categórico. Y sin embargo vive dentro de ambos sin saberlo. Eso también es una forma de respuesta.)* El paréntesis seguía siendo un paréntesis: algo que pertenecía al cuaderno pero no del todo, algo que Bastián había escrito para sí mismo más que para el debate. Lo subrayó con tinta azul de todas formas, porque había llegado a la conclusión de que las cosas que uno escribe para sí mismo son a veces las más verdaderas precisamente porque no tienen que convencer a nadie.

Leyó la nota del séptimo capítulo: *La belleza no refuta a Aristóteles ni a Kant. Los completa.* Azul. Sin dudas. Era la jornada más luminosa y la nota lo reflejaba.

Leyó la nota del octavo capítulo, la que no tenía color: *No sé quién tiene razón. Es la primera vez en estas jornadas que no tengo una anotación en rojo ni en azul.* Eso seguía siendo cierto. Pero añadió al margen, con tinta azul, algo que no había podido escribir en ese momento porque no lo sabía todavía: *No saber no es lo mismo que no entender. Entiendo mejor la pregunta que antes. Eso es suficiente.*

Leyó la nota del noveno capítulo, que no era una nota sino su ausencia: la página en blanco donde debería haber una nota final y no había ninguna. La miró durante un momento. Luego escribió en esa página, con letra más grande que en todo el cuaderno, una sola frase:

Sor Juana tenía razón.

Cerró el cuaderno.

Entonces hizo algo que no había hecho en ninguna de las seis jornadas anteriores: dejó el cuaderno sobre la silla, se levantó, y caminó hasta el centro del anfiteatro. Hasta la mesa larga de mármol blanco donde Aristóteles y Kant habían debatido durante seis jornadas. Se sentó en la silla de Aristóteles. La probó. Luego se levantó y se sentó en la de Kant. La probó también.

Eran sillas iguales.

Eso le pareció importante, aunque no habría podido explicar exactamente por qué sin sonar más filosófico de lo que se consideraba. Lo anotó mentalmente, sin cuaderno: *las sillas son iguales*. Como un dato clínico que todavía no sabe qué significa pero que el médico guarda porque la experiencia le ha enseñado que los datos que no entiende en el momento son a veces los que más importan después.

Se levantó de la silla de Kant. Volvió a su lugar en el centro, frente a la mesa. Recogió el cuaderno. Lo sostuvo con ambas manos durante un momento.

Luego lo abrió en la primera página, que había dejado en blanco al principio del sueño sin saber por qué, y escribió, con la letra más ordenada de todo el cuaderno, como si la frase hubiera estado esperando ese espacio desde el principio:

La pregunta del señor Ponce no tiene una respuesta. Tiene varias respuestas verdaderas que se contradicen entre sí y que juntas son más ciertas que cualquiera de ellas sola. Eso no es un defecto de la pregunta. Es su naturaleza. Y su naturaleza es la naturaleza de casi todas las preguntas que importan.

Aristóteles diría: eres bueno porque has cultivado el hábito de serlo y ese hábito te ha hecho ser quién eres.

Kant diría: eres bueno porque la razón te lo exige con independencia de lo que sientas o desees.

Nietzsche diría que la pregunta misma es sospechosa y que la respuesta más honesta es crearte a ti mismo.

De Beauvoir diría que antes de responder hay que saber quién pregunta y desde dónde.

Sócrates no respondería. Preguntaría: ¿y tú qué crees?

Bastián leyó lo que acababa de escribir. Lo leyó una vez más. Luego añadió, debajo, con tinta azul:

Yo creo que el señor Ponce es bueno porque ha elegido serlo durante sesenta y dos años en circunstancias que no siempre lo facilitaron, con un cerebro que ahora está dañado pero que durante décadas funcionó como el instrumento de una voluntad que decidió, una y otra vez y sin que nadie se lo exigiera, no hacer daño. Eso no es aristotélico ni kantiano ni nietzscheano ni nada con nombre filosófico. Es simplemente humano.

Y lo humano, después de seis jornadas en el Gran Anfiteatro de Ningún Lugar, me parece más complicado y más valioso que cualquier sistema que lo intente explicar.

Cerró el cuaderno por última vez.

El anfiteatro estaba completamente vacío ahora. La luz sin sombras seguía siendo la misma de siempre, sin declinar, sin fuente, sin la urgencia de las luces reales que siempre están a punto de apagarse. Pero Bastián tuvo la certeza, clínica y a la vez no del todo clínica, de que esa luz estaba a punto de cambiar. No de apagarse: de convertirse en otra cosa.

Se quedó quieto un momento más.

Luego, con la misma naturalidad con que había tomado asiento al principio del sueño, se levantó, dejó la silla exactamente adonde estaba, y caminó hacia ningún lado en particular.

Lo que encontró al otro lado no era el anfiteatro. Era su cubículo del Hospital General, con el escritorio y los libros y la silla y la cama que rara vez usaba. Y sobre el escritorio, con la Ética Nicomáquea encima de la Crítica de la razón pura y el cuaderno cerrado junto a ellos, su propio cuerpo dormido con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados.

Bastián miró su cuerpo dormido durante un segundo que no podía existir pero que en ese espacio intermedio entre el sueño y el despertar existía de todas formas.

Luego el segundo terminó y él y su cuerpo volvieron a ser lo mismo.

EPÍLOGO

El paciente de la sala

Departamento de Bastián Iturriaga, colonia Narvarte, febrero

Bastián abrió los ojos a las siete cuarenta y tres de la mañana.

Lo supo con precisión porque lo primero que hizo, antes de levantar la cabeza de la almohada, antes de evaluar el estado de su cuerpo después de haber dormido más horas de las habituales, fue mirar el reloj que tenía en la muñeca izquierda. Siete cuarenta y tres. Había dormido siete horas y veinte minutos. Para sus estándares era una cantidad inusualmente generosa.

Se incorporó. Miró el cuarto con la atención de quien confirma que el mundo físico ha permanecido inalterado durante la noche, que era algo que hacía siempre al despertar de sus sueños más intensos sin haber necesitado que nadie le explicara por qué. Todo estaba en su lugar: los libros en los estantes que había construido él mismo con una precisión que sus colegas encontraban inquietante, el escritorio con la Ética Nicomáquea sobre la Crítica de la razón pura, el cuaderno cerrado junto a ellos exactamente donde lo había dejado antes de irse a la cama.

Abrió el cuaderno.

Estaba en blanco. Todas las páginas. Como siempre que empezaba uno nuevo, porque ese cuaderno lo había sacado del cajón la noche anterior precisamente porque el anterior se había llenado.

Bastián lo miró durante tres segundos. Luego lo cerró y lo dejó donde estaba.

No intentó reconstruir el sueño. Nunca lo hacía: los sueños que valían la pena no necesitaban ser reconstruidos porque dejaban algo que no era memoria sino orientación, como una brújula que no se puede ver pero cuya influencia en la dirección que uno toma es real de todas formas. Lo que el sueño había dejado esa noche no era un sistema filosófico ni una respuesta a ninguna pregunta. Era algo más parecido a lo que sus pacientes describían cuando decían que después de una buena sesión veían las cosas de otra manera, sin poder especificar exactamente cuál había sido el mecanismo del cambio.

Se levantó. Fue al baño. Se lavó la cara con el agua fría que era parte del protocolo matutino que seguía con la misma consistencia en casa que en el hospital. Se miró en el espejo durante el tiempo exacto que se miraba siempre: suficiente para confirmar que todo estaba en orden, no suficiente para que la mirada se convirtiera en otra cosa.

Desayunó lo mismo que desayunaba todos los días, en el mismo orden, en el mismo lugar de la mesa. Luego tomó su maletín, sus llaves y su abrigo, y salió al febrero de la ciudad.

El Hospital General a las nueve de la mañana olía diferente que a las tres de la madrugada. No a cloro y derrota sino a café institucional y al inicio cauteloso de un día que todavía no había decidido qué iba a ser.

Bastián saludó a dos enfermeras con el gesto de cabeza que era su forma habitual de saludo y que ellas ya habían aprendido a interpretar correctamente como lo que era: un saludo, no una indiferencia.

Llegó a la sala de agudos. Revisó el panel de habitaciones con la atención de quien busca algo específico. Habitación dieciséis. Aurelio Ponce, sesenta y dos años, día cinco de hospitalización.

Entró.

El señor Ponce estaba despierto. Estaba sentado en la cama con la espalda apoyada en las almohadas y los ojos abiertos hacia la ventana, que daba a un patio interior donde había un árbol que Bastián nunca había identificado por especie porque no era información que su trabajo requiriera y cuya presencia el señor Ponce miraba con la atención tranquila de quien ha aprendido, en cinco días de hospitalización y después de haberse acercado mucho al borde de no volver, que los árboles merecen más atención de la que solía darles.

—Doctor —dijo, con una voz que había recuperado más fluidez que la noche anterior. La niebla cedía.

—Buenos días —dijo Bastián. Tomó la silla junto a la cama. Se sentó. Abrió la historia clínica. La revisó durante treinta segundos con la atención de siempre. La cerró. Miró al señor Ponce.

—¿Cómo se siente?

—Mejor —dijo el señor Ponce—. La cabeza más despejada. Todavía me cuesta encontrar algunas palabras pero menos que ayer.

—Es el proceso esperado —dijo Bastián—. Va a seguir mejorando.

El señor Ponce asintió. Miró el árbol del patio un momento. Luego miró a Bastián con la expresión de quien quiere preguntar algo y no está seguro de si es el momento apropiado.

—¿Pensó en lo que le pregunté anoche? —dijo.

Bastián lo miró durante dos segundos.

—Sí —dijo.

—¿Y?

Bastián consideró durante un momento la respuesta más precisa que podía dar. No la más filosófica. No la más clínica. La más precisa.

—Creo —dijo, con la misma pausa de la noche anterior pero con algo diferente dentro de ella, algo que el señor Ponce no podría haber identificado pero que Bastián sí: la diferencia entre una pausa que busca exactitud y una pausa que ya la encontró y está eligiendo cómo entregarla— que usted es bueno porque lo eligió. Repetidamente. Durante sesenta y dos años. Con un cerebro que funcionaba de cierta manera, sí, y en un mundo que esperaba ciertas cosas de usted, también. Pero la elección fue suya de todas formas. Las condiciones no eligieron por usted: le dieron el terreno donde usted eligió.

El señor Ponce lo miró durante un momento.

—¿Y eso sirve de algo? —preguntó—. ¿Que haya elegido?

—Sirve para esto —dijo Bastián, con una voz que no tenía ornamento porque no lo necesitaba—: para que ahora, con la cabeza así, con el daño que tiene y la recuperación que va a costarle, siga siendo usted. No una versión disminuida de usted. Usted. Porque lo que eligió durante sesenta y dos años no está en la zona que el infarto dañó. Está en otra parte.

El señor Ponce guardó silencio durante un tiempo que Bastián no interrumpió porque había aprendido, en años de trabajo clínico, que ciertos silencios son parte de la respuesta y no su ausencia.

—Mi mujer dice algo parecido —dijo finalmente el señor Ponce—. Con otras palabras, pero parecido.

—Su mujer tiene razón —dijo Bastián.

El señor Ponce sonrió. Era la primera vez que Bastián lo veía sonreír en cinco días de hospitalización y lo registró mentalmente como dato clínico positivo, aunque también registró, con la honestidad que se exigía a sí mismo, que no era solo un dato clínico.

—Una pregunta —dijo el señor Ponce, cuando Bastián se puso de pie para retirarse—. ¿Usted cómo llegó a eso? A lo que me acaba de decir. Anoche me dijo que la pregunta importaba más que la respuesta.

Bastián se detuvo junto a la puerta. Consideró la respuesta durante un segundo.

—Dormí —dijo.

El señor Ponce lo miró con la expresión de quien no está seguro de si eso es una broma o una explicación y ha decidido que quizás es las dos cosas.

—¿Y soñó algo?

—No lo recuerdo con precisión —dijo Bastián, que era verdad en un sentido y no lo era en otro, y que era la respuesta más exacta que podía dar sin entrar en un territorio que habría requerido más tiempo del que tenía y más palabras de las que estaba dispuesto a usar.

Salió de la habitación. Caminó por el pasillo. Saludó a quien había que saludar con el gesto de siempre. Llegó a su consultorio, que era un cuarto ordenado con un escritorio y dos sillas y los diplomas en la pared que su madre había insistido en enmarcar y que él había colgado sin entender del todo para qué servían pero reconociendo que para ella sí servían para algo.

Se sentó. Abrió el maletín. Sacó la Ética Nicomáquea, que llevaba consigo desde la noche anterior sin haber planeado hacerlo, como ocurre con los libros que uno necesita tener cerca sin saber exactamente por qué. La abrió en la página marcada con el clip metálico. Leyó el

párrafo que había leído la noche anterior. Tomó el lápiz. Pensó durante un momento. Escribió algo en el margen.

No con tinta azul ni con tinta roja.

Con lápiz, porque algunas cosas se escriben con lápiz precisamente porque pueden borrarse, y escribirlas de todas formas, sabiendo que pueden borrarse, es la forma más honesta de escribir lo que uno todavía no está seguro de creer del todo pero está empezando a considerar con seriedad.

Lo que escribió era breve. Cuatro palabras y un signo de interrogación, con la letra pequeña y perfecta de quien nunca ha necesitado que nadie más lea sus notas.

Cerró el libro.

Tomó el cuaderno en blanco que había metido en el maletín junto con la Ética, también sin haberlo planeado del todo. Lo abrió en la primera página. Escribió la fecha. Luego escribió, debajo de la fecha, el inicio de algo que no sabía todavía si iba a terminar pero que sabía que necesitaba empezar:

Primera jornada.

Fuera, en el patio interior que se veía desde la habitación dieciséis, el árbol que Bastián nunca había identificado por especie movió sus ramas con el viento de febrero de una manera que no tenía ningún significado filosófico particular y que sin embargo, si alguien hubiera estado mirando en ese momento, habría parecido que asentía.

Nadie estaba mirando.

O quizás sí.

—FIN